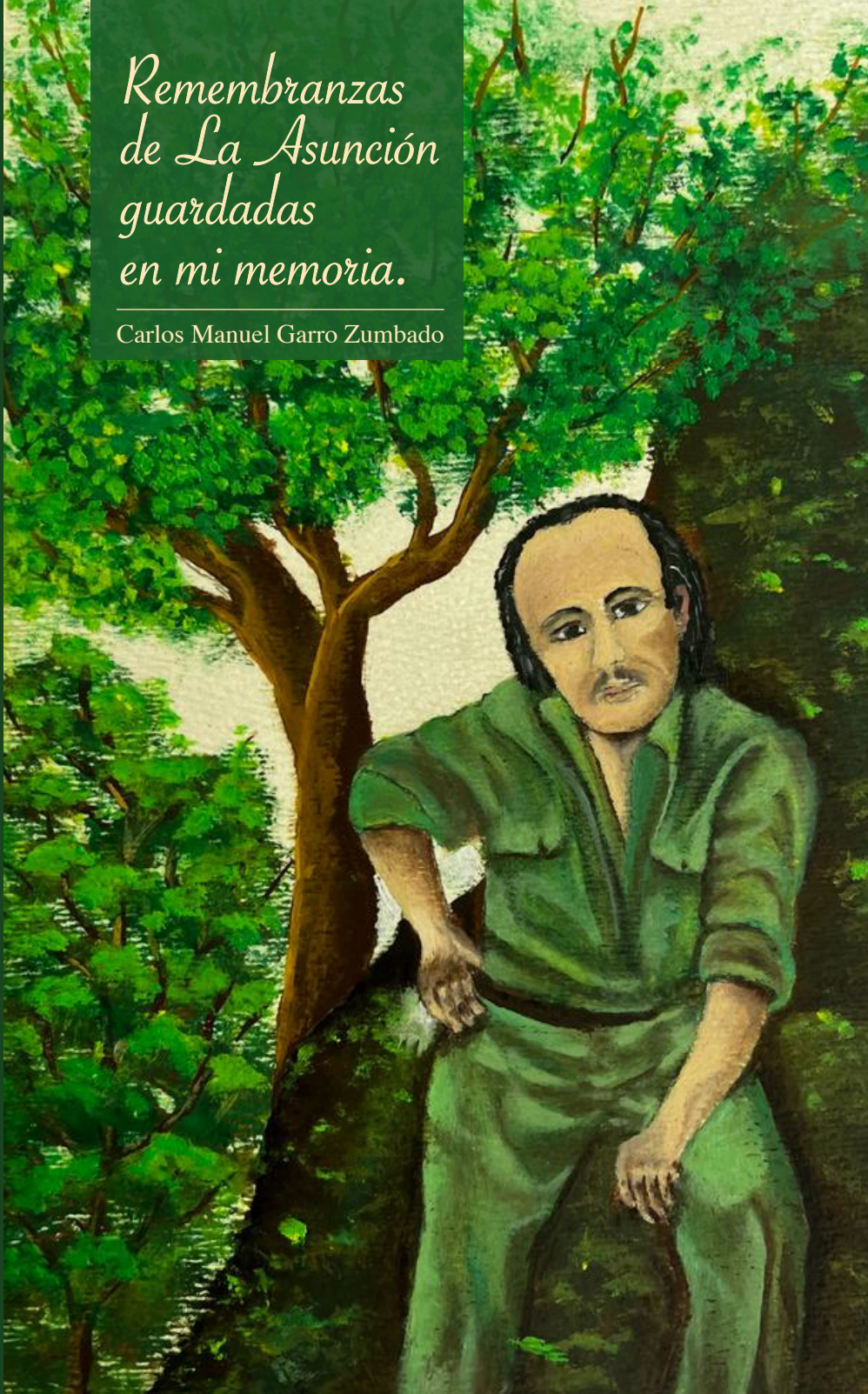


*Remembranzas
de La Asunción
guardadas
en mi memoria.*

Carlos Manuel Garro Zumbado



*Remembranzas de La Asunción
guardadas en mi memoria.*

Carlos Manuel Garro Zumbado



ÍNDICE

INDICE	3
DEDICATORIA	5
RECONOCIMIENTO	7
PRESENTACIÓN	9
EN LEJANÍA	11
A mi padre	12
Un día de campo	13
La bicicleta	14
Anécdota	16
Vamos al Saltón	17
Mi mente viaja	20
La casita de madera	23
Cuento	26
Navidades inolvidables	27
MI JUVENTUD	29
Mi primer carrito	30
Los atrevidos	31
La serenata	33
Pequeño gran amor	36
¿Por qué me llamó?	38
El abastecedor Calen	42
Lunadas y melcochas danzantes	44
La Cooperativa de Consumo	46
Reencuentro musical	49
LEYENDAS Y SUSTOS	52
¡Qué susto!	53
La poza del encanto	55
En el Cerro de Piedra	58

Vamos a la Gruta	62
La casa solitaria	65
¿Qué quieres de mí, Epifanía?.....	67
Experiencia escalofriante	69
La pila del horno	71
PAISAJES BORRADOS	75
Paseo familiar	76
Al Bajo de los Tilianos	78
Bajo del Chompipe	80
El escusado de hueco	82
Callejón de don Chico	84
El bosque del Ariete	85
El bosque del Nacimiento	87
ESPEJO ASUNCIONEÑO	88
Escuela Manuel del Pilar Zumbado	89
A mi bello pueblo	91
Campeonato de barrios	92
Plaza de deportes I	94
Plaza de deportes II	97
El apellido Zumbado	99
La Negra	102
Blandoha la vesre	103
¡lsssch! Pura Asunción.	105
Las Vicentinas	107
Cocineras y comidas	109
ILUMINACIÓN.....	111
Mi mayor agradecimiento	112
Vaya a Alcohólicos Anónimos	117
Glosario	123
Mapa	126

DEDICATORIA

Dedico estos relatos
A mi esposa, a mis hijos e hija
A mi querido pueblo de La Asunción de Belén.

RECONOCIMIENTO

Mi agradecimiento y gratitud para La Municipalidad de Belén por haberme elegido como el ganador del Fondo Concursable del área de Cultura.

Para el señor William Murillo Montero que me impulso a participar y siempre he contado con su valiosa ayuda en este proyecto. Para la señorita Zaira Pérez Zumbado, nuestra Filóloga, para el señor Pascual Arroyo Montero, creador de nuestra bella portada, para mi hijo Carlos Emmanuel Garro Mata, por su apoyo constante en todas las actividades que se han desarrollado, también mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible lograr este hermoso sueño.

Mi gratitud para las personas que con sus comentarios positivos me dieron aliento para poder hacer realidad, esta edición.

Mi gratitud por siempre, muchas gracias.

PRESENTACIÓN

Gran satisfacción me ha causado, que el libro Remembranzas de La Asunción guardadas en mi memoria, del autor Carlos Manuel Garro Zumbado, haya sido elegido como ganador del certamen del Fondo Concursable del Área de Cultura de la Municipalidad de Belén, del año 2022.

Carlos Ml. Garro Zumbado es oriundo de La Asunción de Belén. Desde siempre tuvo la ilusión de publicar un libro y el anhelo se hizo realidad cuando se pensionó, pues tenía el tiempo suficiente, la voluntad y motivación para hacerlo. Aunque hace mucho tiempo no vive en el distrito, lleva su pueblo muy dentro del corazón. Así lo muestra en sus relatos, que datan del año 1934 hasta la década del 80.

El libro consta de cuarenta y cuatro relatos, una anécdota y un cuento. En los relatos narra vivencias de su niñez y juventud; algunos también son homenajes a personas destacadas en el trabajo comunal; otros se refieren a personajes imaginarios o aparecidos relacionados con leyendas, cuyo ambiente físico es La Asunción y el camino hacia Heredia; entre los personajes incluye algún vecino del pueblo, este es el caso de “En el Cerro de Piedra”.

Además, presenta en el texto formas de comunicación muy particular, palabras y expresiones, que se han quedado en el camino. Es un libro agradable, escrito con el único propósito de rescatar: los paisajes extinguidos, la forma de vivir de aquellas gentes, sus costumbres, tradiciones, creencias, maneras de divertirse, es un mirar hacia atrás, para que los niños, los jóvenes y la generación futura, conozcan su identidad y mantengan sus raíces; que comparen el paisaje de hoy con el de antaño, reflexionen acerca de la devastación de la naturaleza, y valoren a esas personas altruistas que con su entrega, lograron el crecimiento y desarrollo de la comunidad.

Zaira Pérez Zumbado.



En Lejanía

A MI PADRE

Aquel hombre humilde, honrado, luchador, incansable era mi papá, quien con su trabajo y gran responsabilidad logró mantener su hogar, sacar adelante a su familia; consejero estricto, sincero, cuando tuvo que corregirnos lo hizo con autoridad. - Hijo es por su bien - nos decía.

Trabajaba en la finca de Los Zamora. Desde las cuatro de la mañana estaba levantado. En mi infancia, lo recuerdo prendiendo el fogón, me daba cuenta de eso porque me llegaba el olor a canfín quemado; después yo escuchaba la máquina de moler maíz en un continuo traqueteo, era papá quien molía el maíz, para que mamá hiciera aquellas deliciosas tortillas, que untaba con manteca y sal, y junto a la taza de café nos servía el desayuno.

A las cinco de la mañana se ponía: el delantal de mezclilla, las botas de hule, la alforjita en el hombro con el gallo que mamá le preparaba, el cuchillo en la cintura herramienta de trabajo. ¡Ah, el infaltable calabazo con agua! Y el sombrero de lona. ¡La, ya me voy! - decía - La era mi mamá, siempre le dijo así.

- Bueno Carlos - Dios lo acompañe.

Esa era la despedida de todos los días durante más de veinticinco años, cuando salía a trabajar a la finca cafetalera. Después de la jornada llegaba a casa con un tronco seco al hombro, y luego de un breve descanso se ponía a picar leña, era su rutina.

Nunca faltó al trabajo; aunque estuviera enfermo, mamá se preocupaba y le decía - Carlos, así como está, mejor no vaya. Él respondía - No La, si pierdo un día, me hará falta dinero el sábado para comprar el diario. Papá se preocupó mucho para que no nos faltara nada, a pesar de su poco salario nunca aguantamos hambre.

Los domingos nos llevaba a misa, después seguía lo que más nos gustaba, aquel inolvidable cono que nos compraba en el mercado de Heredia. Otras veces nos llevaba a pescar barbudos a las pozas del Virilla, bajábamos con él hasta El Saltón y allí sacaba ocre para pintar la casa.

Nos enseñó a hablar al revés, nos platicaba acerca de los valores, que teníamos que tener presentes: la honradez, la responsabilidad y el cumplir perennemente la palabra. Nos aconsejaba en todos los campos, al lado de mamá hizo del hogar un nido de tranquilidad, amor, seguridad y alegría. Así era mi padre, roble fuerte, macizo, mi ejemplo a seguir.

UN DÍA DE CAMPO

Cuando yo trabajaba en La Scott Paper Company, tenía dos domingos libres por mes. En verano mi esposa preparaba esos días almuerzo, fresco y otras cositas y nos íbamos a almorzar al campo; allá por las cañas de Bambú donde Genara, esa era nuestra distracción; otras veces al Bosque del Nacimiento; a la Gruta de Potrerillos; al potrero de los Fuentes, a los potreros de los Mamines; allí nos quedábamos a contemplar el atardecer, disfrutábamos mucho. Luego vinieron nuestros primeros hijos y seguimos manteniendo la tradición.

Pues bien, un sábado de tantos planeamos el viaje, al día siguiente salimos con nuestros hijos: el mayor tenía cinco años, el segundo tres y la Nena uno. Ese domingo fuimos un poquito más lejos, caminamos unos cuantos metros más.

Arriba del tajo de doña Genara había un árbol de mango muy frondoso con una sombra deliciosa, además acababan de aporrear frijoles y estaba el pajero, especial para que los chiquillos jugaran. Mi esposa extendió una sábana, sacó la comida y empezamos a comer. Descansamos un rato, Carlos y Andrés empezaron a jugar siempre bajo nuestra mirada; luego se fueron un poquito más allá y fui a traerlos. En eso se me ocurrió ver a lo lejos, tal vez unos quinientos

metros abajo, y vi venir a un hombre por la línea del tren, él también nos vio y de inmediato cruzó la cerca de alambre y se metió por el cafetal de Jeremías González, venía corriendo yo también corrí y le grité a mi esposa – Negra, ponga todo en la bolsa y jalemos de aquí - ¡Rápido!

- ¿Por qué? ¿Qué pasa? - Contestó ella.

- ¡Mire lo que viene por el cafetal es el dueño! - Respondí.

El maje venía veloz, por dicha las matas de café no le permitían correr más rápido. Mi esposa alzó a la beba y se echó la bolsa al hombro, yo cogí a Carlos y a Andrés de la mano. - ¿Papi por qué nos vamos tan rápido? Preguntaban los chiquillos.

- Caminen, caminen ligero y no pregunten. Bajamos corriendo por la orilla del tajo, teníamos que llegar al puente antes que el hombre, quien también corría detrás de nosotros a unos setenta y cinco metros en el potrero. Corrimos aún más, cruzamos rápidamente el puente, seguimos corriendo y los niños continuaban preguntando - Papi, mami - ¿por qué nos vinimos tan rápido? Queríamos jugar ahí.

Miré hacia atrás, el hombre estaba sentado en el puente con el cuchillo en mano. Logramos escapar, habíamos caminado tamaño trecho después del puente, ya estábamos a salvo, gracias a Dios. Ese fue el último domingo de paseo; después de esos momentos de zozobra, ya nunca más hubo almuerzos en el campo.

LA BICICLETA

Allá por el año mil novecientos sesenta y dos con mis primeros salarios del trabajo en agricultura, compré la ilusión de mi vida, una bicicleta. Fui donde Los Chinos, conocidos también como Los Huevitos ellos vivían al frente del Polideportivo. La bicicleta me costó 25 colones, que con gran sacrificio fui economizando hasta hacer realidad mi

sueño. En ese tiempo era difícil llegar a ese lugar porque estaba lejos, y deshabitado, esa vez me acompañó mi primo Omar.

¡La compré qué felicidad! La bicicleta era roja, la llanta de adelante estaba un poco tirada más a la izquierda que la de atrás; pero ese detalle no importaba, la disfruté un montón de veces con ella hacía mandados, le llevaba el almuerzo a papá a la finca de los Zamora y yo pasaba todo el día en la bicicleta.

No pasó mucho tiempo cuando se regó el cuento por todo el barrio, de que yo tenía una bicicleta, entonces la casa se inundó de amigos de La Asunción de Belén, todos deseaban manejarla, unos querían aprender otros, enseñar.

Desde tempranas horas mi casa era visitada. Los muchachillos nos tirábamos en bicicleta en una bajada del potrero que estaba detrás de la casa; zigzagueábamos por entre una fila de árboles de madero negro, de vez en cuando alguien se estrellaba contra alguno de ellos, pero nada pasaba.

Fue tanto el trajín de la pobre bici, que las llantas se estallaron, los ejes se molieron. Sin embargo, había que seguir, conseguí unos tornillos largos, que papá tenía guardados; los puse en lugar de los ejes, soqué tuercas, probamos y ¡qué alegría los tornillos sirvieron! Las llantas estaban estalladas, pero ¡qué importa! Les decía a mis amigos - ¡Mandémonos! Las llantas y los neumáticos se molieron, quedaron en puro aro y nos seguíamos mandando. En esa bella e inolvidable bajada los ejes también se molieron, les puse otros y nos seguimos lanzando.

Ya todos habían aprendido a manejarla, la dominaban por completo, ya mi bicicleta no daba más, estaba acabada, maltrecha. Un día llegaron unos amigos de San Antonio y les gustó lo que había quedado de ella y se las vendí.

Después no sé si tuvo la oportunidad de servir a otros para que se divirtieran, la montaran, aprendieran y la acabaran de destrozar como nosotros: pero sí sé que la bicicleta roja está viva en la mente de todos los que en esos años tuvimos el placer de andarla. Montar en ella era una aventura para nunca olvidar.

ANÉCDOTA

Siendo niños mi hermano José y yo nos metimos en un terreno agrícola de un señor vecino. Nosotros le decíamos el terreno de la Negra, nunca lo habíamos hecho, pero ese día encontramos un hueco en la cerca de piñuela, nos metimos y vimos unas hermosas matas de ayote llenas de flores. - Vamos a ver si hay un ayotico – Dijimos, y volamos ojo para todo lado.

Empezamos a buscar y habían ayoticos por aquí y por allá: ayoticos tiernos, a media vida, ayotes sazones. Nos venció la tentación y cogimos uno que se veía delicioso era mediano de un color verde oscuro, con pintas blancas.

Llegamos felices a la casa y le dijimos a mamá - Mire lo que le traemos un ayote - ¡Ah qué rico! - Exclamó mamá - ¿Y díganme quién se los regaló? Respondimos con un silencio - ¿Ustedes se lo trajeron sin permiso verdad? - Dijo enojada - ¡Háganme el favor, me van a dejar ese ayote donde la Negra! Aquí no me van a traer cosas que no sean compradas o regaladas. De nada sirvieron nuestros ruegos y ella siguió diciendo - Van ya o le digo a Carlos, cuando venga de trabajar que los mande a devolver ese ayote. Y papá sí era cosa seria cuando se enojaba. Entonces le pedí el favor - ¡Mamá, no le diga nada a papá! Y a mi hermano le dije - Venga Chepe, jale a dejar el ayote ¡Juemialma, qué sal! Con miedo y vergüenza, llegamos a dejarlo. La Negra nos vio llegar y salió de la casa - ¿Qué quieren chiquillos?

- Nos preguntó.

- Venimos a dejar este ayote, que cogimos sin permiso de las matas que hay en su terreno. Mamá nos mandó a dejárselo.

- ¡Ah Bela! Se lo hubiera dejado, ¡pobrecitos! Díganle a su mamá que se lo regalo.

- No mamá está brava! - ¡Llévenselo! Cuando yo vea a Bela le digo que se los regalé.

Llegamos de nuevo a casa con el ayote, y mamá no nos creía. - Seguro ustedes, no fueron a dejarlo.

- Si mamá nosotros fuimos, pero la Negra dijo que se lo trajéramos, que ella después hablaba con usted, nosotros no queríamos traerlo.

- Bueno ojalá sea verdad, yo le voy a preguntar a La Negra a ver si es cierto, ¡Y aquí no me vuelvan a traer nada robado!

Aprendimos la lección, agradecemos a mamá sus enseñanzas y las bendiciones que nos sigue enviando desde el cielo. Ella está presente en nuestra vida.

VAMOS AL SALTÓN

Allá por la década de mil novecientos sesenta los ríos: Bermúdez, Quebrada y Virilla no estaban contaminados. Mis hermanos y amigos de La Asunción tuvimos el gran placer de disfrutar en los meses calurosos de febrero, marzo y abril de esas aguas cristalinas.

Nuestro paseo muchísimas veces era a la poza El Saltón del Virilla, el cual tenía ese nombre debido a que el caudal del río caía vertical, a unos quince metros de altura, formando una hermosa catarata. La poza era bellísima profunda, rodeada de cuevas en sus paredes, las que con el tiempo se formaron a causa de grandes crecientes. La exuberante vegetación y la bonita playa alrededor de la poza, formaban un paisaje maravilloso que nos cautivaba.

En esos buenos tiempos, todos los amigos se ponían de acuerdo y llegaban a mi casa allá en La Asunción de mis sueños. Después salíamos por los cafetales, trillos, potreros; cruzábamos la línea férrea y nos encaminábamos a subir una pequeña loma en el potrero de los Zamora, disfrutando siempre del canto de gran variedad de aves; de los muchos sonidos de la naturaleza; de los campos que atravesábamos felices.

Por la cerca de alambre de púas que dividía el potrero con la peña del río, pasábamos agachados y comenzaba la aventura; caminábamos por el zacatal y empezábamos a bajar. Pocos metros más abajo había una vuelta, y el pequeño sendero nos llevaba hasta un desfiladero de forma vertical; allí los más grandes que nos guiaban, hacían la advertencia: - Ya saben chiquillos con mucho cuidado, esta bajada es muy peligrosa. Nosotros vamos primero, los más pequeños atrás. Así comenzábamos el descenso.

- Agárrense bien de las rocas y vean dónde ponen las patas
- Decía Gerardo - ¡Güevones, cuidado se van a mal matar si no qué les decimos a sus tatas!

Así bajábamos rasguñando las piedras; sosteniéndonos a veces sólo con el dedo gordo del pie, por lo menos veinte metros o más de guindo, hasta llegar a la parte final de la peña, donde se acaba el acantilado; luego caminábamos unos metros más y ya estábamos deleitando las corrientes del río. Desde lo más alto de la peña opuesta, caía una preciosa catarata de unos sesenta o más metros de altura, formando una estampa inolvidable. Esa catarata era artificial, le quitaba agua al canal de la Planta Hidroeléctrica Electriona; cuando ese canal iba muy lleno, llegaba el agua hasta la Planta Belén en Puente Mulas. Ya en el cauce del río cruzábamos unas paredes de ocre rojo; saltábamos entre grandes piedras; sorteábamos corrientes para llegar a nuestra meta. Después de una curva que se formaba en el cauce; aparecía ante nuestros ojos la linda poza de El Saltón.

Aquella era una poza: ancha, larga, profunda, mis hermanos y yo nos quedábamos a la orilla; nos metíamos hasta donde el agua nos llegara a la cintura, porque acatábamos la orden de nuestros padres. Los mayores se lanzaban en picada desde lo más alto de la catarata.

Allí pasábamos nadando horas y a veces salíamos a tomar un baño de sol en la playita, porque ya hacía frío. Nuestros amigos Gerardo, Gilbert y otros llevaban de vez en cuando un martillo, y construían balsas con troncos secos, recorrían toda la poza y exploraban las cavernas que la rodeaban.

Avanzada la tarde emprendíamos el regreso a casa, lo peor estaba por llegar, teníamos que subir la peña. Iniciábamos el ascenso con las mismas recomendaciones y advertencias.

-Ya saben mocosos, ahora los más pequeños van de primero, porque si alguno pone mal la pata, no podemos apañarlo en el aire. Vamos de uno en uno. ¡Con mucho cuidado!

Llegábamos arriba con dificultad, cansados, sudorosos y llenos de polvo, anhelando que la poza estuviera en el potrero. Volvíamos a recorrer de nuevo, los trillos y cafetales acompañados de la bulla que hacían las piapias, que nos perseguían, por donde fueran nuestros pasos.

Llegábamos a la casa con hambre y polvorientos, mamá nos esperaba - ¡Gracias a Dios, hijos, que ya llegaron! Estaba preocupada porque no venían ¿Cómo les fue?

- ¡Lo más bien, mamá!

- ¿Por qué vienen así tan sucios? ¿No es que andaban bañándose?

- Sí Mamá, pero en el camino había mucho polvo.

- Díganme una cosa. ¿El camino a la poza es muy peligroso?

- No mamá ahí nada es peligroso, unas bajadillas y llegamos hasta El Saltón.

- Yo me paso pidiéndole a Dios, que los acompañe y los proteja a ustedes y a sus amigos.

- Gracias mamá por orar, la oración que usted hace, protege siempre nuestro camino, y con ella nos sentimos muy seguros, gracias por bendecirnos – Le contestaba yo.

Eran tiempos de nuestra infancia, tiempos mágicos, maravillosos, en los que tuvimos la dicha de recrearnos y estar siempre en contacto con la naturaleza.

MI MENTE VIAJA

Mi mente viaja a la niñez, a veces me trae experiencias difíciles, que no deseo recordar; pero otras son muy gratas. Tenía doce o trece años de edad, cuando La Asunción de Belén era un pueblo cafetalero y agricultor.

Yo estaba recién graduado de la Escuela Manuel del Pilar y por motivo de escasos recursos, no fue posible hacer realidad mi deseo de ir al colegio, desde ese tiempo ya estaban en Heredia: el Colegio Vocacional, El Samuel Sáenz y La Escuela Normal de Costa Rica.

No podía estudiar; pero tenía que ponerme a hacer algo.

Un día de mayo comenzó a llover, los yigüirros alegres cantaban por todos lados, papá decía que los yigüirros pedían la lluvia. Esa vez yo estaba en casa de mi tío Luis y él preocupado dijo: - ¡Qué tirada! Está lloviendo y mañana tengo que ir a sembrar maíz, lo peor es que sólo cuento con mi hijo Omar. Entonces le dije: - Tío Luis si usted quiere, yo puedo ayudarlo. El tío se quedó pensativo y luego contestó - Es que usted Carlos Manuel, nunca ha sembrado maíz.

- No señor, pero si usted me dice cómo se hace, yo aprendo.

- Está bien, eso sí véngase temprano, a las cinco de la mañana salimos de aquí, el terreno está en Los Morales.

Llegué feliz a mi casa y les conté a mis papás, que al día siguiente iba a trabajar con tío Luis.

- Bueno - dijo Papá – Acuéstese hoy temprano, porque Luis no espera a nadie.

Al día siguiente escuché a papá, que me llamó y me pareció que no había dormido nada - Levántese, para que no llegue tarde.

Cuando salimos todavía estaba oscuro, íbamos de camino a los Morales hoy Bosques de Doña Rosa. En ese terreno mi tío me enseñó a sembrar maíz; llenó un tarro con las semillas y me dijo - Coja dos granos y los echa en el hueco, que voy haciendo con el espeque, si se le van tres no importa; pero hágalo rápido. Empezamos a hacerlo y aprendí bien el oficio. Después me hice peón de él; me llevaba a desyerbar y a doblar el maíz; me enseñó a aporcar; también a sembrar, a arrancar y a aporrear frijoles; ese oficio era el más duro, porque había que volar varilla casi todo el día bajo un sol abrazador.

El siguiente año mi tío sembró un camotal, por supuesto, que yo fui a sembrar punta de camote y a trabajar con él, en todo lo que había que hacerle al camotal. Luego llegó el tiempo de cosecha. Tío Luis afirmó - Mañana nos vamos más temprano a lavar el camote, porque pasan a recogerlo, y tenemos que tenerlo listo lo más pronto posible. Hay que ir donde Pedrito González, allá está la pila. Antes de las cuatro de la mañana íbamos Omar y yo montados en la carreta, que llevaba el arado. El boyero era Maximiliano González, más conocido como Tililla, todo un personaje de mi querido Bajo de Los Tilianos. Después de las cuatro, mi primo y yo estábamos metidos en la pila llena de agua y lavando los camotes con los pies.

- ¡Ah, qué frío! - Dije.

- No se preocupe - Respondió mi tío - Ahorita se le quita.

A las diez de la mañana ya lo habíamos lavado, entonces llenamos los sacos y nos fuimos a descansar a la casita.

Los primeros trabajos en el campo al lado de mi tío, los recuerdo con nostalgia, a él le guardo un gran cariño porque tuvo paciencia y me enseñó a realizarlos

En tiempos de mi niñez también recuerdo las cogidas de café. De la plaza de La Asunción hasta Heredia había sólo fincas cafetaleras, en esa época era lindísimo coger café. Iban familias enteras; hombres, muchachas, y niños que cogían café para ayudar a sus padres en los gastos del hogar. Lo triste era cuando se venía un temporal y no paraban la cogida, entonces había que seguir trabajando bajo la lluvia y uno titiritaba de frío en medio de una cepa de guineo, con un plástico en la espalda; pero no se podía aflojar. El momento más agradable de ese trabajo era cuando nos traían el almuerzo, todavía me acuerdo de la tacita enlozada y floreada con aquel delicioso almuerzo: arroz, frijoles sabrosos, una torta de huevo encebollada quizá, un pedazo de salchichón frito del que vendía Manolo Zamora; un bistec cuando se podía, o torticas de carne molida, puré de papa, más las tortillas palmeadas de mamá. Todo envuelto en una servilleta de manta blanquísima y acompañada de media botella de agua dulce calentita, eso era todo un banquete en el cafetal o en la ronda de un terreno.

Los boletos que ganaba se los daba a papá, recuerdo que con el dinero que él me dejaba, compré una vez en el mercado de Heredia, una cajita de madera con postales en la tapa y con un candadito, ahí guardaba mis cosillas y los ahorros para comprar en diciembre un estreno y tal vez un par de zapatos.

Estos fueron mis primeros trabajos en una Asunción rural, cafetalera, agrícola, de granjas y chancheras, de ganado y pulperías. Así fue como me enseñaron a trabajar, a ser responsable y ayudar en el hogar. Esos recuerdos de mis primeras experiencias de acción y aprendizaje son inolvidables, con ellas aprendí a superarme, a ser mejor y a buscar nuevas oportunidades en la vida. Hoy ya pensionado con tranquilidad, repaso todas esas experiencias vividas que me llenan de satisfacción.

LA CASITA DE MADERA

En sus primeros años de matrimonio mis padres vivían en la casa de mis abuelos maternos, cuando ellos fallecieron esa casona fue vendida. Era bonita, blanqueada con cal y tenía una banda azul; corredor amplio al frente, escaños, poltronas y un patio espacioso, allí era donde mi primo Omar, mi hermano José y yo jugábamos siendo niños. La familia Fuentes Quesada la compró y prestó a mis padres un lote para que hicieran una casita mientras se acomodaban.

Porfirio Zumbado, mi tío Pilo la construyó, recuerdo ver a papá cuando jalaba piedras grandes, luego les hacía un hueco con un cincel y un martillo para meter el pedazo de varilla de construcción, que luego fijaba con cemento para dejar bien sólida la base.

La casa tenía: dos dormitorios, una cocina y la salita, toda era de madera con piso de tierra. Al frente había un pequeño patio rodeado de una cerca de alambre, que luego mi padre le sembró zacate violeta y a un lado del patiecito dos arbustos de chicasquil, para que mamá le echara al picadillo de papa y a los tamales en Semana Santa; muchas vecinas en ese tiempo llegaban a pedir cogollos para ese mismo fin. Detrás había un patio muy amplio, en la esquina más alejada se ubicaba el escusado de hueco, en el centro había un árbol de mango y en la otra esquina, un madero negro bien desarrollado, que servía de dormitorio a las

doce o quince gallinas que tenía mamá, también servía de barbacoa a las matas de chayote. En la cocina el fogón de leña se mantenía siempre encendido, el moledero de madera muy limpio, a un lado estaba la máquina de moler maíz y una mesita con cuatro sillas, que eran parte del mobiliario. En la salita: el ropero de cedro antiguo, una banca y algunas sillas.

La casa estaba situada al costado sureste de la plaza de La Asunción, al final del sitio La callecilla, el cual tenía un camino angosto donde entraba con costos una yunta de bueyes, a ambos lados había cafetales, hoy ese lugar se conoce con el nombre de calle Linda Vista.

Dentro de nuestro hogar todo era paz, tranquilidad; papá se levantaba a las cuatro de la madrugada; prendía el fogón, luego lo oía cuando llenaba de agua la cafetera para hacer el café o el agua dulce. Después escuchaba el traqueteo de la máquina de moler maíz, molía dos tolvas. Mamá se levantaba y después de un ratito, yo escuchaba las suaves palmaditas de mi madre en el moledero, palmeando tortillas que luego serían nuestro desayuno y parte del almuerzo de papá. Él se iba a las cinco y treinta para el trabajo y un ratito después, mamá nos llamaba para que nos alistáramos, porque teníamos que ir a la escuela.

A las doce del día regresábamos a la casa. Apenas llegábamos hacíamos la tarea, para dedicarnos por completo a jugar. Aquel pequeño patio se convertía en nuestra sala de juegos, los amigos no faltaban, jugábamos con carros de madera que nos traía el Niño y despedían olor a pino; carretas con bueyes de jocote, que nos hacía papá. Dibujábamos un círculo, una raya y toda la tarde pasábamos jugando bolillas; después venían los trompos, hacíamos un pequeño cuadro en el suelo, el que picara más cerca su trompo ganaba; a eso lo llamábamos una mancha, las manchas se hacían en la callecilla, porque se necesitaba más espacio para hacer las pasa rayas, a unos diez metros estaba la marca,

el que llegara primero a la marca dándole botes al trompo contrario, ganaba la mancha. Después jugábamos: con el yoyo, con postales a los pares o nones, blanco o color, al resbalón; hacíamos mejengas, futbolines de clavos y nos armábamos unos campeonatos de nivel mundial. También usábamos carros de roles viejos para mandarnos en la calle, o en una cuesta detrás de la casa, en la vieja bicicleta que hasta sin frenos estaba; teníamos tablas cubiertas de parafina para resbalarnos en los potreros que tenían pendientes; íbamos a bañarnos en verano a La Gruta, al río Virilla o al Bermúdez; nos mecíamos en las hamacas; juntábamos coyoles del palo donde La Negra. Andábamos entre cafetales apeando guabas y cuajinicuiles, haciendo huacas de banano, monteando con flechas y comiendo frutas de los árboles o del suelo, y no nos enfermábamos.

En esa niñez tan activa el tiempo era corto para disfrutarlo. Después de todas esas correrías llegábamos a nuestro nido maravilloso. Lo único que decían mis padres era - Ojalá se hayan portado bien, no queremos quejas de ustedes.

¡Ah, porque si alguien daba quejas! La cosa se ponía seria, a veces la receta era faja por parte de papá. Mamá nunca nos castigó, solo nos daba bonísimos consejos y nos decía - Pórtense bien recuerden que Carlos no es como yo, él sí los castiga, aunque papá solo dos veces nos fajó, porque nos portamos muy mal, él también fue excelente consejero.

En la casita de madera también pasé mi juventud, una juventud: romántica, de música, novias, serenatas, lunadas, melcochas danzantes, salones de baile, discotecas, de tocar y cantar con Los Atrevidos, de excursiones, cine, salones de pool, amigos, trabajo, ilusiones.

Después de tanta actividad, aventuras y algún desengaño, al volver a mi pequeña casa y encontrarme con mis papás, y con toda la familia era como llegar a un paraíso. Por eso en mi memoria siempre vivirá La casita de madera.

CUENTO

En una casita linda, coqueta, en La Asunción de Belén, vivía Andrés con sus padres en compañía de sus hermanos, Carlitos y Anny. Andrés quería ser siempre un super héroe. Un día se encaramó al árbol de guayaba, que estaba detrás de la casa y subiendo a la parte más elevada, se agarró de una ramita tierna, que no aguantó el peso y se quebró. Andrés se vino al suelo, desde la cocina su mamá vio nada más un bulto, que caía desde lo más alto del árbol. En la caída sucedió algo extraño, una capa se desplegó de sus hombros y amortiguó la caída. Su mamá muy asustada salió a ver qué le había pasado, y lo encontró sano, salvo y la capa se había hecho invisible.

Días después, una tarde de vientos fríos y celajes de colores, Andrés, Carlitos y Anny en compañía de sus padres jugaban en el potrero de don Jacobo. En eso estaban cuando Carlitos dijo – Miren, allá en lo alto del árbol de jocote, una mariposa está enredada en una tela de araña. De inmediato la capa de Andrés se hizo visible y de un salto el Poderoso Andrés llegó a lo alto del jocote y dijo - Quédate quieta mariposita, no te muevas, te voy ayudar a salir de aquí. La tomó de sus alas y ya la estaba sacando, cuando una enorme araña se acercó amenazante, cerró el puño y le dio una tremenda patada con el dedo del centro, que la dejó atarantada. Esto le dio tiempo al Poderoso Andrés para terminar de liberar a la linda mariposa, que muy feliz movía sus alas y sus patitas agradecida con su héroe, mientras se alejaba del lugar. Nuevamente la capa del poderoso Andrés se desplegó de sus hombros y este bajó suavemente. Ya en tierra de nuevo la capa se hizo invisible, y Andrés siguió jugando con sus hermanos, disfrutando de esa tarde inolvidable.

NAVIDADES INOLVIDABLES

¡Qué bonitos estos tiempos cuando ya se acerca Noche Buena! Vienen a mí aquellas navidades de mi niñez; días en que mis hermanos José, Martín, y yo nos llenábamos de ilusión, esperando el regalo que nos iba a traer el Niño Dios. Mis hermanos menores: Edgardo, Ruth y Elba no pensaban todavía en eso, porque no habían nacido.

Pues bien, nosotros pedíamos al Niño: carritos o yuntas de bueyes de madera y si al Niño Dios le alcanzaba, tal vez nos traía un gallito de lata de lindos colores y una chicharra preciosa, con los que podíamos andar haciendo bulla por todo lado.

La noche del veinticuatro de diciembre la esperábamos con ansias, desde las seis de la tarde estábamos en la cama esperando la venida del Niño Dios. El veinticinco a las cuatro de la mañana empezábamos la fiesta: alegría desbordante, risas, ruidos, gritos. - ¡Vean lo que me trajo el Niño! Nos divertían los sonidos extraños de globos, cuando los inflábamos, luego los hacíamos sonar tapándole un poquito la boquilla. Además de los globos, gallos de lata y chicharras; teníamos pitos, carros de cuerda. Papá y mamá se hacían los que dormían, pero creo que era imposible para ellos, por el bullón y la fiesta que montábamos en aquel pequeño cuarto de nuestra querida casa.

A las cinco de la mañana llegaban los primos, primas y vecinos a enseñarnos sus juguetes; a las siete en punto estábamos en el cafetal con los carros de madera, jalando leña, bandolas de café secas, para llevarle a doña Genara, quien muy gustosa las recibía, seguro para no quitarnos la ilusión y porque según ella le servían muchísimo para prender el fogón. Después nos regalaba una botellita con leche y nosotros nos poníamos como locos, por el regalo que nos habíamos ganado.

Ya en la tarde tal vez, por ahí de las tres o las cuatro mis primos: Omar, Miriam, Adalay, Mariela, y yo nos poníamos el estreno y nos íbamos a portalear; andábamos casi toda La Asunción de casa en casa viendo portales, unos eran enormes, ocupaban la sala completa otros, más pequeños. Todos despedían el olor agradable de la fresca lana, ¡eran bellísimos! En ellos había pastores, ovejas y variedad de animales: camellos, perros, gallinas; en algunos ponían muñecas, globos, plantas y no faltaba el cohombro por su agradable aroma. Hacíamos la visita con devoción a veces nos invitaban a comer tamales o pan casero.

En esas caminatas llevábamos siempre, el juguete que más nos gustaba. El día pasaba rápido, llegábamos a la casa cansados; pero muy felices.

Aquellas navidades eran muy distintas a las de hoy, por supuesto los tiempos modernos todo lo cambian. Vivíamos en una zona rural, todos nos conocíamos, no había ningún peligro, ni drogas. La tecnología estaba en sus inicios. Ahora los niños en Navidad esperan o compran con sus papás, los juguetes tecnológicos que están de moda; la inocente idea de creer que el Niño Dios trae los juguetes pasó al olvido.

Mis nietitos son de la nueva generación, ellos también piden regalos tecnológicos. ¿Qué vamos hacer? Debemos tratar de complacerlos, como nuestros padres lo hicieron con nosotros. ¡Así es la vida!



Mi Juventud

MI PRIMER CARRITO

Allá por el año 1977 yo trabajaba en San Pedro de Montes de Oca; tenía ahorrado doce mil colones y se me antojó comprar un carro; en ese tiempo con ese dinero solo podía adquirir un gajito.

Un cliente del negocio me oyó con el cuento y dijo que él tenía un carro a la venta, que si quería ir a verlo y claro que fui; pero al llegar ¡qué decepción! El carro era un “lanchón” estaba varado y hasta el alma de polvo. Camino a Sabanilla lugar en donde andaba, vi un bocho descapotado con un rótulo que decía: Se vende.

Era un carro casi al estilo de un buggy, que en aquella época estaba de moda y con el motor pelado atrás de color rojo. ¡Ah fue amor a primera vista! Al día siguiente le pedí al chofer de la empresa, que me llevara a ver ese “carrazo”. Lo vimos y a la vez pregunté al dueño - ¿Cuánto vale?

- Mirá lo estoy regalando en doce mil colones - Dijo el hombre. Sin pensarlo mucho contesté - Se lo compro, y de verdad lo compré.

El amigo Beto Núñez me lo trajo, yo andaba todo rajón. Dimos unas vueltas por el cuadrante de La plaza, muchos vecinos salieron a verlo y como no faltaba alguien chistoso, uno de ellos al mirarlo vio que el motor era destapado, entonces le puso un sobrenombre “El culo pelado”.

Ahí lo tuve varios años; pero fui muy mal chofer, recuerdo que una vez invité a mis hermanas y a sus amigas a dar una vuelta a La Ribera, íbamos como siete. Al bajar y entrar por la calle que va al Bosque del Nacimiento me topé con un cargador (BACKHOE) de los Zamora. Lo vi inmenso, entonces metí el freno. ¡Ahhh! Yo andaba con zapatos de plataforma (era la moda en ese tiempo) y un zapato se quedó prensado entre el pedal del gas y el del freno, ¡qué problema! Vale que iba muy despacio, yo jalaba el pie y

nada que salía el condenado zapato; entonces tuve que agacharme y en un movimiento rápido solté el cordón, jalé el pie, me liberé y pude frenarlo, después saqué el zapato.

Por fin llegamos a La Ribera, alrededor de la plaza compramos refrescos y estuvimos un rato.

Cuando íbamos a regresar, el condenado carro no quiso arrancar, conseguí una piedra, le di golpes a los borneos y así arrancó.

Esta es una anécdota que recuerdo de mi famoso Culo pelado. Después de un tiempo de tenerlo casi abandonado llegó un amigo, lo observó y le gustó mucho.

- ¡Calen se lo compro! – Dijo el muchacho - Le contesté – Claro, se lo vendo. Me lo compró, con ese dinero y una liquidación puse a funcionar otro anhelo: El Abastecedor Calen.

LOS ATREVIDOS

¡Qué buenos tiempos fueron aquellos! Me iba de vacilón con mis compañeros, una tarde nos encontramos en la cantina La Bohemia de don Lito Peraza en San Antonio, ahí en una pared estaba colgada en un clavo una vieja guitarra. Benito se acercó y me dijo – Voy a comprar esa guitarrilla, para aprender a tocar. Y de verdad se la compró.

Trabajábamos en ese tiempo en nuestra recordada cooperativa de consumo de La Asunción, los sábados después de una jornada de más de doce horas de trabajo, el gerente Tulio Zumbado, Sofonías Fuentes, Armando Zumbado, Benito y yo, nos íbamos a la segunda planta, donde había una bodega; allí con esa vieja guitarra, tarros de plástico, baldes de aluminio y cuanto sirviera de percusión, armábamos la fiesta; eso nos servía para olvidar un poco el trabajo que habíamos tenido. Una vecina de por ahí nos dijo un día - ¡Qué buena música tenían ustedes

anoche! Eso sirvió de motivación para seguir practicando. Grabamos una parranda de esas y como no sonaba tan feo, se me vino la idea de formar un grupo musical. - ¿Cómo sin instrumentos? - Dijeron los otros.

- Compremos guitarras eléctricas entre todos – Dije.

El plan les sonó bien; pero no todos sabían de música. Entonces hablamos con Miguel Ramírez que era buen requinto y con Juan Ramón González, ellos estuvieron de acuerdo y manos a la obra, compramos las guitarras, bongos, pandereta, güiro y cencerro.

Don Adrián Zumbado nos permitió ensayar en los vestidores, detrás de la cantina. Empezamos a practicar con guitarras acústicas. Luego de varios ensayos unos majes empezaron a tirar piedras al zinc de la cantina, don Adrián se puso como los diablos y nos echó de ahí. No nos quedó más remedio, que ir a ensayar a una bodega en el potrero de Jeremías González, que quedaba en el Bajo de los Tilianos, ensayábamos después del trabajo y teníamos que alumbrarnos con candelas.

En ese tiempo se empezó la construcción de la iglesia de La Asunción y estaban haciendo eventos para recaudar fondos, ahí yo vi la oportunidad de debutar como grupo musical; hablé con Maruja la encargada, le propuse hacer un baile de gratis para colaborar con la construcción, a ella le pareció bien, y nos tiramos a pista.

Recuerdo el nerviosismo de todos los integrantes del grupo; pero hicimos un buen bailongo en el salón, que se llenó a reventar y fue un éxito. Después vinieron más toques: en La Deportiva, en el turno del 15 de agosto, en el Salón Alejandra, en un baile en La Candela, en un salón en Alajuela centro; hasta Orotina fuimos a parar, dábamos serenatas, hacíamos despedidas de solteros o solteras, vacilones y otros más.

Después de una época muy bonita y movida, el requinto tiró la toalla, diciendo - Muchachos, hasta aquí llego, yo soy casado, tengo un hijo y no puedo andar dejando la familia sola.

Nosotros seguimos serenateando estábamos bien; aunque ya no podíamos comprometernos a amenizar bailes, sin el principal músico que tocaba el requinto y no fue posible conseguir otro.

¡Qué lindo es para mí, recordar en estas pocas letras el tumulto de emociones, siento satisfacción y orgullo de todo lo vivido en mi juventud, de verdad que fueron tiempos demasiado buenos!

LA SERENATA

Era un sábado del mes de enero de brisas frías y noches de ilusión, después del trabajo llegó a casa mi amigo Juan Ramón y dijo - Garrito, mis primas quieren que les llevemos hoy serenata a ellas, y a unas chiquitas muy ricas que llegaron a coger café.

- ¿Dónde viven esas chicas? – Pregunté.

- En las casas que están en los patios de los Zamora, a la orilla del río – Contestó Juan Ramón

- Está bien, voy a decirle a Armando y a Benito a ver si se apuntan. Hablé con los dos y por supuesto, que se apuntaron - Sí, sí, jalemos de por sí, no hay mucho que hacer en la noche.

Nos pusimos de acuerdo y llegaron a ensayar como a las diez de la noche, frente a mi casa. Ramón saludó y dijo – Amigos, hay un problema, mis primas quieren que la serenata sea con las guitarras eléctricas.

- ¡Eso es un bullón! – Dijo Benito - ¡Qué importa, mañana es domingo! - Respondió Juan Ramón. - ¿Qué, nos

apuntamos? - Les dije

¡Sí claro apuntémonos! – Contestaron.

En el lugar de trabajo teníamos una botella de guaro de caña con sirope de zarza, que Benito había arreglado; era un obsequio que le había dado el señor Manuel Ángel González, a quien él le encargaba el dulce.

- Llevemos el traguillo para calentar - dijo Armando.

- Por supuesto - le dije - y compremos un buen pedazo de salchichón para boca.

Ensayamos las canciones, compramos una rueda de salchichón y listo. Como a las once y media de la noche fuimos jalando.

-Echémonos uno para calentar – Dijeron.

- ¡Jueputas más borrachos! - dijo Benito, el encargado de llevar la botella y el que se había colgado en el hombro la rueda de salchichón. Luego abrió la botella, se echó un trago y le pegó un buen mordisco a la boca de salchichón. Siguieron caminando hacia la casa de las primas. Ramón se adelantó - ¡Qué tirada! Yo les dije que dejaran el bombillo prendido y está apagado. Bajó más el tono de voz y continuó - Sólo hay una manera de saber si tiene corriente eléctrica - ¿Cómo? - Preguntaron los otros - Que un valiente meta el dedo al enchufe – Contestó Ramón. Hubo un profundo silencio, nadie se animó. Luego afirmó - Si me dan un buen trago yo lo meto.

Abrí la botella él se metió el caitazo, le dio un gran mordisco al salchichón, después sin pensarlo mucho quitó el bombillo, metió el dedo y se quedó sin habla...

- ¿Tenía corriente? - Preguntó Benito.

- ¡Bruto, no ves que está en un puro temblor el pobre! -

Contestó Armando y continuó - Amigo, mueva la mano y los dedos.

Le dimos un breve masaje y empezó a recuperarse. Todo eso sucedió en silencio al estilo de las serenatas, apenas se expresan murmullos.

- Otro trago, tómese otro, mándese un mordisco de etcétera, etcétera - ¡Ramón muévase! - Insistí, hasta que se recuperó.

Minutos después enchufamos el benjamín, conectamos: el amplificador, las guitarras, el micrófono y listo. Nos mandamos como cuatro canciones.

Luego caminamos unos cien metros para serenatear a las otras chiquillas, quitamos un bombillo que estaba prendido, y en coro entonamos:

“En esta noche clara de inquietos luceros, lo que yo te quiero te vengo a decir...” Nos echamos esa primera canción y en un murmullo dije - Vámonos con esta:

“Te seguiré, hasta el fin de este mundo, te seguiré con este amor profundo, solo a ti ...” De pronto encendieron las luces. Ramón muy quedito susurró – Seguro las chiquillas van a salir, con un gesto de cabeza le dije que sí.

Luego se abrió bruscamente la puerta de la casa. Yo vi nada más a un hombre alto, que salió como los diablos con un cuchillo de chapear de esos que llaman 28; dio tres golpes en el calicanto, que sacaron chispas y gritó furioso: - Vagos, hijueputas, ustedes con ese bullón no me dejan dormir, y tengo que madrugar a cortar pasto para las vacas de Fello. Hijueputas, yo soy el que los voy a seguir hasta el fin del mundo, con este machete y no me importa hijueputas, si mato a alguno.

¡Sálvese, quien pueda! - gritó Armando.

Apenas pude jalar el cable de la guitarra, me la eché al

hombro y salí despavorido; atravesé por la viga que servía de puente sobre el río Quebrada, corrí por el bosque del nacimiento, crucé el potrero de los Mamines y salí a la plaza por los callejones del cafetal de los Zamora. Eran como la una de la mañana, por dicha había un reflejo de luna. Llegué al Niño de Praga; miré hacia abajo y no vi a ninguno de mis amigos, ni un alma había en la calle entonces pensé - Seguro ellos salieron más rápido que yo y están en la casa. Abrí la puerta en silencio - Cali, ¿es usted? - dijo mamá.

- Sí mamá, ya llegué es tarde.

- ¿Cómo les fue? - ¿Estuvo bonita la serenata?

- ¡Ah sí, pura vida mamá!

- Bueno Cali, pase buena noche Dios lo acompañe.

- Buenas noches, mamá. Apenas pude oír a papá, que medio dormido dijo - Qué horas de llegar, hijo.

Aquella serenata estuvo cargada de adrenalina; la botella y el salchichón quedaron en un pretil de los patios, después del susto ya nada hacía falta.

PEQUEÑO GRAN AMOR

Con las primeras brisas veraniegas vienen a mi mente lindos recuerdos, por eso creo en el dicho popular: "Todo tiempo pasado es mejor" más ahora, considerando este año tan atípico a causa de la pandemia del COVID - 19. Como dije antes, en estos días llegan hasta mí, ideas hermosas de la década del setenta, que fue bella y romántica. En esos años abrió las puertas el salón y bar La Deportiva, más conocido como Cachimba Brava, ubicado al costado sureste de la Plaza de La Asunción. El apodo Cachimba Brava se debe a que allí de vez en cuando, se armaban unos bochinchos de padre y señor mío, entre algunos valentones de La Asunción y los muchachos de La Rusia. Cuando uno oía el grito - ¡Guerra, fuera rusos! Era seguro, que se armaba la

voladera de caitazos a los pobres muchachos de La Rusia. Los matoncillos de La Asunción los iban a dejar en una pura carrera hasta la autopista, por dicha que no era todo el tiempo.

Cachimba Brava era un lugar pequeño; pero cómodo con su rockola llena de música de Leo dan, Los Galos, Memo Neira, y todos los cantantes que estaban de moda, con una peseta se complacía uno con la canción que quería escuchar, y podía a la vez bailar con alguna chica, que le simpatizara. En ese tiempo llegaban muchachas, que cogían café en la finca de Los Zamora o de Los Flores.

Un sábado de tantos aparecieron en el salón unas jóvenes de la finca de Los Zamora, entre ellas venía una, quien empezó a darme miraditas muy agradables, la saqué a bailar, le pregunté cómo se llamaba.

- Auxiliadora - Contestó.

Bailamos el resto de la noche, como a las nueve me dijo que tenía que irse, porque no podía llegar tarde a la casa, pues a ella la regañaban. La acompañé hasta el Bosque el Nacimiento; la invité para el próximo domingo, me dijo que sí. El domingo siguiente estaba esperándome. Y así todos esos meses de verano: diciembre, enero y febrero, yo marcaba y la acompañaba hasta la viga, puente peatonal sobre el Rio Quebrada. Un domingo fui a marcar como de costumbre, y ¡qué raro! No llegó. Pensé que estaría enferma o que no le dieron permiso de salir. El domingo siguiente sucedió igual, era a finales de febrero. Me conformé, las cogidas de café habían terminado. La joven vivía en San Mateo, nunca más la volví a ver, ni supe más de ella, se esfumó en el tiempo, y me pasó lo mismo que dice la canción de Leo Dan: "Tú llegaste justo cuando menos te esperaba, y te fuiste sin decirme ni siquiera adiós, un amor pasajero, un amor inolvidable, un pequeño Gran Amor".

¿POR QUÉ ME LLAMÓ?

En La Cooperativa La Asunción: Juan Armando, Manuel Ángel y yo, trabajábamos doce horas continuas, dura tarea. A las 6pm. más o menos salíamos a descansar.

Una tarde de febrero de brisas tibias llegué a casa molido, mi madre de inmediato me sirvió un jarro de agua dulce y ahí mismo se quedó, porque lo único que yo quería era cama, y me tendí en ella placentero; cerré los ojos y en un instante, me vi en una bodega. Los compañeros seguían acomodando la mercadería. En un momento de descanso dijo Manuel Ángel - ¡Qué rico ir al Ojo el domingo!

– Sí – contesté dichoso.

- ¿Qué decís Armando? – Claro jalemos eso sí, nos mandamos del último trampolín.

- ¡Qué tirada! Eso está difícil – dije.

El tiempo pasó demasiado rápido, mis amigos me llamaron temprano frente a mi casa.

- ¿Qué Garro, ya está listo? – Gritaron.

- Sí claro, vámonos.

Jalamos hacia la plaza de La Asunción a esperar el bus y en menos de un segundo estábamos a la entrada del Guacho. Había una larga fila, pero pagamos ligerito la entrada y nos dirigimos a las piscinas.

-Vamos a cambiarnos – Dijeron, luego salieron con pantaloneta, chancletas, y listo.

Ahora sí compañeros, vamos al trampolín – Afirmó Juan Armando.

- ¿A qué? – Exclamé.

- ¿Cómo qué a qué? ¡Idiay! A tirarnos o por lo menos a ver desde arriba.

Los dos amigos empezaron a subir las gradas; yo me arrimé disimuladamente al primer trampolín y pensé - Este no es tan alto; seguí subiendo detrás de ellos y cuando llegué a los últimos escalones, iba de cuatro patas por el miedo a las alturas; sentí una sensación de sudor en las manos, en los pies, y en todo mi cuerpo, unos pequeños temblores, síntomas del vértigo. Estaba en eso, cuando vi que abajo había muchos muchachos y muchachas que esperaban que saltáramos.

- ¡Ay! ¿Y ahora qué? - Pregunté con temor.

- Voy mandándome - Dijo Manuel.

Tomó impulso y se mandó al vacío. Giró sobre su cuerpo haciendo una entrada espectacular en el agua. La gente aplaudía y gritaba emocionada.

- ¡Armando, ahora sigue usted! - Dije.

- Pues yo me mando también - Contestó - Y corrió frente a mí. Luego se lanzó; pude ver que hacía el salto de la “hoja seca” y entró en forma perfecta al agua. El público también lo ovacionó mucho.

Me quedé solo, otros muchachos subieron hacia el último trampolín y empezaron a presionarme.

- ¿Qué se va a tirar o es pura paja? Asustado recordé los días en me tiraba de una piedra, allá en la poza del Saltón en El Virilla, y respondí - Sí, sí ya voy es que estoy calculando el salto.

- Bueno, no lo piense mucho. ¡Póngale!

No me quedaba de otra o saltaba, o esos cabrones me empujaban. Entonces me encomendé a Dios tomé impulso y sin mirar hacia abajo, me mandé; sentí que caía en el aire

como en cámara lenta. Levanté mis brazos en dirección de los hombros y mis piernas juntas, volaba, venía haciendo el ángel. Faltando pocos metros para tocar el agua, junté los brazos y las manos y entré en forma vertical a la piscina en un salto digno del mejor clavadista del país. Me aplaudieron, ovacionaron y a coro me gritaban.

- Otro, otro, otro salto más.

Dejaron el trampolín a nuestra disposición, los tres muy confiados volvimos a subirlo e hicimos cada uno varios clavados.

El balneario estaba a reventar; levantamos las manos para despedirnos y agradecemos su apoyo. Al final el público nos dio un gran aplauso.

- Ahora sí, mae - Dijo Juan Armando - Vio qué éxito, y que no nos queríamos mandar.

- No jodás – Contesté.

- Ahora jale a ver nenas - Agregó Manuel.

- ¡Idiay sí, a eso venimos! – Afirmó Juan Armando.

Caminamos hacia la piscina frente al lago; estaba llenísima había nenas por todos lados y para todos los gustos, Yo sólo sentía los codazos de mis amigos, cuando pasábamos cerca de alguna chiquilla guapísima.

- Mae vea, qué hermosura.

- Sí Manuel ya la vi ¿Y para qué? No nos vuelve a ver.

- Maes más salados, sigamos - dijo Armando.

Nos sentamos un rato al sol y les dije - Jale a caminar por el sendero a la orilla de lago.

- Jalemos – Contestaron.

De pronto vimos a tres muchachas que venían a toparnos. Manuel emocionado dijo - ¡Ay, maes! Vean qué hermosas, yo creo que estaban aplaudiendo cuando hacíamos los clavados. Ellas nos miraban y sonreían, una nos preguntó: - ¿Verdad que ustedes son los muchachos, que estaban en el trampolín haciendo la demostración de clavados?

- Sí somos nosotros; pero no era ninguna demostración sólo estábamos practicando - Contesté.

- ¡Qué valientes! ¿Están en algún equipo de clavadistas?

- Todavía no estamos en ninguno; aunque esa es la fe.

- ¿Andan solos? - Preguntó la más simpática.

- Sí claro, como todo el tiempo - Contestó Armando,

- No les creemos – respondieron las tres.

- Les gustaría acompañarnos a dar unas vueltitas por el lago? – Preguntó Manuel.

- Por supuesto, para nosotras es un placer.

Yo comencé hablar con la que vestía traje de baño negro. Era preciosa le pregunté su nombre.

- Me llamo Guisela.

- ¡Qué lindo nombre! Especial para vos.

Armando y Manuel acompañaron a las otras chicas. Una vestía traje de baño azul y la otra de color rojo.

Después de caminar un rato tomados de la mano, invité a Guisela a sentarnos bajo un frondoso árbol, nos sentamos muy juntos, yo podía ver sus ojos color de miel y su cabello negro, brillante, que le llegaba a media espalda y jugaba con el viento. Sentía el calor de su cuerpo cerca de mí. De pronto me acordé del rótulo que había en el Guacho y que decía:

“Se prohíben escenas amorosas dentro del balneario”. Cerca de nosotros un guarda de seguridad parecía que nos vigilaba, luego se fue alejando hasta perderse al final del lago en penumbra

Aprovechando ese momento, me acerqué más a ella. ¡Guísela, mi amor! Le dije muy quedo. Ella me miró y sonrió tímidamente; la abracé, podía sentir su respiración, ver muy cerca sus labios entreabiertos color rubí; me sentí el hombre más feliz de la tierra. Aquel cuerpo entre mis brazos, y su boca deliciosa no la quería soltar. Deseaba que ese instante de felicidad fuera eterno; pero de súbito, algo pasó, me encontré alejado del balneario, llamé varias veces a Guisela fui a buscarla y me pareció escuchar una voz, que no era la suya - ¡Cali, Cali, levántese! Anoche usted pasó recto, ni siquiera cenó. Va a llegar tarde al trabajo. Era mi madrecita quien me llamaba; - ¡oh, no yo quiero seguir durmiendo! - Dije con voz soñolienta - ¿Por qué me llamó? - ¡Cali, Cali! – insistía ella. - Sí mamá ya voy a levantarme - Contesté. En ese instante tenía abrazada mi almohada y la había besado insistentemente. Traté por todos los medios de volver a soñar, aunque fuera unos segundos, quería verla de nuevo; sin embargo, no fue posible. Ese es el sueño más lindo que he tenido, con el tiempo se hizo realidad.

EL ABASTECEDOR CALEN

En enero de 1978 me di cuenta que Don Matías, el señor que tenía una pulpería al frente de la plaza de La Asunción, iba a dejar el pequeño local, que le había alquilado a don Orfilio.

Yo tenía como cinco años de trabajar en San Pedro de Montes de Oca, administraba un local de venta de pollo crudo, de una marca muy reconocida a nivel nacional. Aunque tenía un sueldo más o menos bueno y muchas amistades por allá; la mañanada a las cuatro y el tomar dos buses para llegar antes de las siete a abrir el local, me tenían cansado.

Además, cerraba a las cinco de la tarde, de regreso volvía a tomar buses, atravesaba a pie todo el centro de San José y en invierno lo hacía bajos fuertes aguaceros. Luego llegaba a la autopista, y seguía de nuevo a pie hasta mi casa, todo era difícil.

En esos días había vendido mi carro el Culo Pelado, mi pobre carrito. También tenía otros ahorros que había acumulado, más la liquidación que me darían al renunciar en la empresa; todo eso ajustaba para darme el gusto de poner un negocio propio, lo que siempre añoré.

Hablé con Don Orfilio sobre la posibilidad de alquilar el local que estaba desocupado, cerramos el trato y el local quedó a mi disposición.

Un señor vecino me hizo los estantes y el mostrador; conseguí una refrigeradora y estaba listo para empezar a acomodar la mercadería. Abrí el primer lunes de febrero, el día siguiente de las elecciones presidenciales, las cuales ganó Don Rodrigo Carazo Odio.

Mi negocio empezó a funcionar muy bien, empecé a hacerme de clientes demasiado buenos, para estimularlos y atraer más clientela, les daba feria. A los niños que llegaban a hacer mandados, les regalaba confites y así mi negocio El Abastecedor Calen empezó a levantar las ventas, por eso llamé a mis hermanos Martín y Edgardo, para que me ayudaran.

Metí al negocio: verduras, carne en bandejas, golosinas, desodorantes y todo lo que los clientes me solicitaran, yo me sentía feliz, porque mi proyecto iba a viento en popa y a toda vela; pero no sabía la situación que se avecinaba en todo Costa Rica, debido a la crisis económica que afectó a la administración Carazo Odio.

La mercadería empezó a escasear en los almacenes mayoristas, especialmente los productos de la canasta

básica: arroz, frijoles, azúcar, manteca, aceite. Las ventas se vinieron en picada, ya en el año 1980 la situación se hizo insoportable. La mayoría de los clientes se pasó a comprar los productos a los Estancos del Consejo Nacional de Producción, o a otros negocios para adquirir unas libras más de granos básicos. En esa época, llegó al abastecedor una muchachita, que trabajaba donde una prima de mamá; le pedí que siguiera yendo al negocio todos los días a comprar lo que quisiera, porque cada vez que la veía, yo me alegraba. A mediados de enero de ese año la invité a La Discoteca Trueno Club. Nuestro noviazgo creció y el 24 de enero del 81 nos casamos en la Iglesia de La Asunción.

Pocos días antes de nuestra boda, cerré El Abastecedor Calen; ya no había casi nada que vender, después de tres años le entregué las llaves a Don Orfilio con mucha tristeza.

Algunas familias como la de mis padres no sintieron la crisis de esos años, porque lo primero que hacían era apartar el dinero; así solventaban los gastos de la casa, para ellos el hogar era lo esencial.

Aunque no lo crean, este relato me trae satisfacción porque logré el propósito que había soñado, lástima que tuve que abandonarlo (por la tremenda crisis económica, que se vivió) al igual que lo hicieron otros comerciantes, que habían abierto negocios con mucho esfuerzo e ilusión.

Cerré el abastecedor; pero sé que el mundo está lleno de oportunidades, sólo hay que luchar por ellas.

Si tienes un proyecto, esfuérzate y pídele a Dios que te eche una manita, con Dios y actitud positiva todo se logra.

LUNADAS Y MELCOCHAS DANZANTES

En plena juventud yo trabajaba en La Cooperativa, por esa época se estaba iniciando la construcción del templo parroquial de La Asunción de Belén y había un comité muy

activo, que programaba actividades para recaudar fondos para dicho proyecto.

Se hacían turnos, fiestas, bailes, de los que toda la comunidad disfrutaba y a la vez, cooperaba con la construcción. Durante el día a cualquier hora, veía venir a la muchacha encargada de anunciar actividades, para la recaudación; traía varios rótulos de cartulina bajo el brazo y pedía permiso para pegar uno, en el portón principal de la Coope. Todos salíamos a ver de qué se trataba y nos llenábamos de dicha al leer el rótulo que decía: Atención. Melcochas Danzantes, próximo sábado 24 de enero en los patios de Paquita Villegas. Habrá venta de comida, gallos, refrescos y cerveza. Asista, diviértase y coopere con la construcción de la ermita. Valor de la entrada un colón con cincuenta céntimos. Los esperamos.

En ocasiones anunciaban en el mismo rótulo otra actividad; pero en lugar de melcochas danzantes decía Gran Lunada. De inmediato, nuestras ilusiones se venían en torrente. Y nos preguntábamos - ¿Mae qué? ¿Usted va a ir? - Claro por supuesto, seguro que aquella llega por ahí. - Y vos Garro, ¿vas a ir? - Ni lo dude, ojalá que mi noviecita también llegue. Nada más imagínese qué lindo sería que pudiéramos marcar el sábado.

Cerrábamos a las seis de la tarde y todos salíamos en carrera para la casa. - Mae nos vemos en la entrada. Llegábamos cada quién a su casa, ni comíamos. Nos alistábamos con las mejores ropas: camisa sicolédica, pantalón campana, zapatos plataforma bien lustrados o botines de tacón cubano; antes de salir nos poníamos colonia: Old Ápice, Varón Dandi, o Pino Silvestre, el cabello peinadito con Glostora y listo. Pasaditas las siete de la noche, ya estábamos dentro del patio de Paquita Villegas. Música, chiquillas por todo lado, amigos y conocidos, saludos, lindo ambiente - Jale a tomarnos una birrita – Decíamos - Bueno sólo una, después a chupar la menta por aquello del aliento.

A cada instante, mirábamos hacia la entrada esperando a la chica, quien tantas ilusiones nos hacían despertar; pero nada que aparecían, el tiempo pasaba, sacábamos a bailar a otras, y ellas no llegaban. - ¡Qué salados! Mis compañeros al igual que yo se quedaban esperando. Como a la hora y media se había perdido toda esperanza. - Maes, cómo podemos ser tan, pero tan salados - Les decía yo - ¡Idiay ninguna llegó! Qué vamos hacer, será la próxima vez, y en la próxima, sucedía lo mismo, pero la ilusión no se terminaba, seguía perenne.

Lo más hermoso de todo esto es guardar los recuerdos de una juventud sana, de bellos momentos vividos, del amor que despertó y floreció para siempre en nuestra vida.

Las melcochas danzantes fueron ilusión; aunque nunca nos dieron una melcocha, todavía guardo el dulce sabor de haberlas probado, y las lunadas sin luna se quedaron también dentro de mí, con el brillo de la llena en una noche bella de verano. Melcochas danzantes y lunadas, tiempos de nunca olvidar.

LA COOPERATIVA DE CONSUMO

Desde muy niño tuve siempre la ilusión de llegar a ser dependiente de un negocio. Al inicio de la adolescencia trabajé en labores agrícolas; ese trabajo me encantaba, podía disfrutar del cultivo de las semillas, después de unos días las veía brotar de nuestra madre tierra luchando contra el viento, para alimentarse del sol mañanero o de la lluvia. Era feliz observando en las pequeñas y débiles plantas las gotitas de rocío, que se desprendían en la madrugada; se posaban en sus hojitas tiernas y con los primeros rayos del sol brillaban, se transformaban en gemas de colores maravillosos, y a través de su transparencia me deleitaban por segundos, mientras yo continuaba mi trabajo en el campo; pero allá por el año 1965 a pesar de que me sentía feliz me retiré, porque con menos de quince años

tuve la oportunidad de trabajar con mi primo Álvaro, quien administraba un negocio de abarrotes en el Mercado Borbón en San José. Él me dio el empleo, durante más de dos años estuve con él y aprendí el oficio que tanto había añorado, ser dependiente de un negocio de abarrotes.

Más tarde, por motivos personales mi primo entregó el negocio, y yo tuve que volver a mi antiguo trabajo en agricultura, esta vez con don Indalés Fuentes Zumbado. Por ese tiempo a principios de 1967, empezó a tomar fuerza un movimiento para formar una Cooperativa de Consumo, que beneficiaría a toda la comunidad y en especial, a los que se asociaran a la institución, porque las ganancias serían repartidas entre los socios.

Ese movimiento fue liderado por don Elisandro Fuentes Quesada y por otros señores que también apoyaban la idea; para ser socio debía aportarse la suma de cincuenta colones. Más tarde el asunto se hizo realidad. El despacho se instaló en un pequeño local, en la casa de don Víctor Fuentes Zumbado donde había funcionado anteriormente, la pulpería de Damián Zumbado.

Al enterarme de que ya habían abierto la Cooperativa, vi la posibilidad de ofrecer mis servicios como dependiente, en ese tiempo tenía diecisiete años. Luego supe que don Les era parte del Consejo de Administración y sin pensarlo mucho, hablé con él.

- ¿Les, qué posibilidad hay de que me den trabajo en la Cooperativa? - Le pregunté.

- ¿Y qué sabés vos de negocios? - Me dijo.

- Bueno, yo trabajé más de dos años con Álvaro mi primo, en el negocio que tenía en el Mercado Borbón, ahí aprendí el oficio de dependiente era muy duro.

- ¿Deveras? - Díay sí- Contesté

- Muchacho, voy a averiguar si ocupan a alguien y yo te aviso, a la semana siguiente, volví a insistir.
- Don Les ¿Qué pasó con el trabajo en la Coope? ¡Ah sí! Andá el viernes, ocupan a alguien que les ayude viernes, sábado y domingo. Y de lunes a jueves trabajás conmigo mientras se termina la cosecha. Tenés que ser socio, para que podás trabajar en la Cooperativa – Contestó
- Está bien yo me asocio. Me sentí feliz, le agradecí mucho el favor. Llegué a mi casa como si hubiera pegado el premio mayor de la lotería.
- Mamá, Mamá ¿Adivine qué?
- ¿Qué pasó, hijo? Preguntó - ¿Por qué viene tan sonriente?
- Porque voy a trabajar en la Cooperativa, viernes, sábado y domingo; mi madre se puso feliz, lo mismo pasó con papá cuando llegó del trabajo y se lo conté.
- ¡Qué dicha, gracias a Dios! - Dijo. Después vinieron los consejos en fila, acerca de la honradez, responsabilidad, el compañerismo.

El viernes me presenté temprano, don Carlos Zumbado Zumbado era el gerente, un señor intachable, con el tiempo empezó a enseñarme cómo se hacían los pedidos, cómo se calculaban los precios de los productos. En aquella época todo se hacía a pura memoria, pues ni había calculadoras. El negocio creció, el local se hizo pequeño y entonces se pensó en comprar un lote, para construir un local más amplio, así satisfacían a los clientes y se acomodaban mejor los pedidos de los socios. El lote que se compró era propiedad de don Jacobo Zumbado Zumbado, allí se hizo un edificio grande, cómodo, que se surtió de toda clase de productos, además tenía: bazar, ferretería, se vendía pinturas etc.

Más tarde, aprendí todos los detalles de la administración, fui cajero, después subgerente y asumí luego la gerencia,

por motivo de la renuncia del gerente en ese entonces don Marco Tulio Zumbado Murillo. De mi trabajo en la Cooperativa tengo gratos recuerdos, alguna vez tuve que atender a la primera dama de la república, en ese entonces Doña Marjorie de Oduber, quien quedó sorprendida porque el gerente de esa cooperativa era tan joven. Ella me entrevistó, yo le expliqué sobre los diferentes comités que funcionaban en la institución y respondí a todas las preguntas, que me hizo. Las respuestas las anotaba en una libreta. Allí también encontré mi primer amor, un amor inocente, dulce, tierno ¿Cómo no recordar tan lindos momentos en la cooperativa?

REENCUENTRO MUSICAL

Sentado aquí, frente a mi vieja computadora, es como si abordara una máquina del tiempo, y los recuerdos empezaran a fluir. Hoy pienso con mucha satisfacción en los momentos vividos en mi juventud, con nuestro grupo musical Los Atrevidos.

Esos fueron tiempos maravillosos, contamos siempre con el apoyo tan necesario de nuestro distrito, que fue el que nos impulsó a hacer algo diferente en esa época de nuestra juventud. Cuando nos presentábamos en el Salón Alejandra o en el Salón La Deportiva eran éxitos, la gente llenaba aquellos salones. Mis amigos y yo nunca olvidaremos esos eventos de una época tan especial que vivimos. Recuerdo que una de las últimas presentaciones que hicimos fue para las fiestas patronales, el dieciséis de agosto de 1975. El día anterior se había presentado el grupo Los presidentes de Heredia, que en ese tiempo estaba de moda y tenían mucha fama, el precio de la entrada era costoso. El baile fue en la plaza de deportes, la cual se cerró desde la parte del marco norte, hasta el círculo central a la malla oeste; era un espacio grande, amplio y con un quiosco, que servía como tarima para el grupo. El sábado 15 de agosto mis amigos y yo estábamos en el primer lugar del baile; aunque no para bailar, sino más bien para ver el equipo que traían y

escuchar la música. Realmente traían un equipo de sonido excelente, con parlantes gigantes, varios micrófonos y buena música.

Al ser las siete de la noche dio inicio la actividad, la gente empezó a entrar; pero no en la cantidad que se esperaba, probablemente, las entradas que estaban un poco caras, pararon la asistencia.

Armando, Benito y yo nos presentamos al grupo Los presidentes antes de comenzar, para que anunciaran el próximo baile, ellos muy amablemente lo informaron: - “Mañana el Grupo musical Los Atrevidos estará amenizando la actividadailable e invitan a la población a hacerse presentes”. Durante la noche repitieron varias veces el anuncio y les agradecemos su amabilidad.

Para ese evento, alquilamos en Alajuela: dos equipos de sonido especial, una batería y micrófonos con parlantes gigantes; hicimos pruebas de sonido; todo quedó listo para iniciar a las siete de la noche. La entrada se dio a mitad del precio de la noche anterior, el salón se llenó. Miguel, Armando, Juan Ramón, Orlando, Manuel y yo, estábamos emocionados, la gente bailaba, tocamos casi hasta las once de la noche, el baile y nuestra actuación fue un éxito.

Al tiempo Miguel nuestro requinto se retiró y el grupo comenzó a desaparecer, solo realizábamos algunas serenatas, o cumpleaños. En el año dos mil nueve recibí una llamada de parte de La Asociación de Desarrollo Integral de La Asunción de Belén (ADILA) en la cual nos invitaban a una presentación del Grupo en el Salón Comunal, personalmente me pareció estupendo, hablé con los compañeros a ver si estaban dispuestos y la mayoría estuvo de acuerdo, también invité a Porfirio Zumbado, a mi vecino Mario Salas para que acompañara a Miguel con la guitarra. Orlando Marín y Manuel Ángel no estuvieron presentes por motivos personales. De nuevo tuvimos esos

bellos momentos de ensayos, apuntes de tonos, canciones, acordes etc.

El día esperado llegó sábado 15 de agosto del 2009. Era una actividad cultural y la informaron de la siguiente manera: Hora 6 pm. Lugar: Salón Comunal La Asunción de Belén. Velada cultural: obra de teatro El Zapatero del Frente. Grupo Posada La Asunción. Dramatización La Leyenda de Amadito, con Camila Zumbado. Presentación del grupo musical Los Atrevidos.

Por fin nos tocó el turno a nosotros, el salón estaba a reventar. Entramos impresionados; las personas nos apoyaban, aplaudían; nos ovacionaban; teníamos la adrenalina al máximo; entramos viviendo de nuevo las emociones del ayer; subimos al escenario, el público seguía aplaudiendo. ¡Oh por Dios! ¡Qué emoción más grande! Comenzamos a tocar y a cantar llenos de entusiasmo y positivismo, en cada pieza el público aplaudía con fuerza, manifestando su apoyo. ¡Qué lindo fue participar en esa actividad!





Leyendas y Sustos



¡QUÉ SUSTO!

Por aquellos años mi papá vivía detrás de la gruta de Potrerillos, donde don Guillermo Zumbado. La casa era muy bonita de corredores volados y amplia zona boscosa. El señor Zumbado también tenía una propiedad en Coyolar de Orotina, por lo menos iba dos o tres veces al año a darle mantenimiento.

Mi padre me contaba que, en aquel entonces él tenía 25 años y una vez en uno de esos viajes a Coyolar, acompañó a su hermano de crianza, Arnulfo a la finca, para reparar cercas, cortar la hierba alta y el zacate. En esas labores estuvieron toda la semana.

Una tarde radiante y calurosa después del trabajo, Arnulfo se estaba afeitando en el corredor, tenía el pequeño espejo colgado en un clavo del horcón, cuando a través de él vio venir por la callecilla polvorienta, a una señora de unos sesenta años.

Esa calle es la misma, que hoy lleva a los turistas: a las playas de Jacó, Playa Azul, Herradura y a toda esa zona del Pacífico. Por allí pasaban en aquella época caballos y carretas con los veraneantes, que llegaban a la Boca del río Grande de Tárcoles y pasaban a la otra orilla, en una balsa jalada por cables.

Pues bien, Arnulfo vio venir a la señora por la callecilla, pensó en hacerle una broma con el espejo y empezó a encandilarla con el rayo de sol. Ella molesta gritó - ¿Muchacho qué le pasa? Arnulfo continuó con la broma. - ¡No sea necio! – Dijo la mujer, tapándose la cara. El joven con el espejo siguió encandilándola.

- ¡Déjeme en paz, majadero, no me encandile! - Gritó de nuevo la mujer. Arnulfo siguió vacilando como si nada.

La señora furiosa lo miró y a la vez exclamó - ¡Esto me lo va a pagar muy caro!

Arnulfo sonriendo entró a la casa, él y papá olvidaron la diversión, la tarde transcurrió con normalidad. Llegó la noche, en ese tiempo la gente se alumbraba: con canfineras o candelas. Ellos apagaron la candela, se acostaron y se durmieron tranquilos.

A deshoras de la noche tal vez a la una de la madrugada, los despertó: la risa de unas muchachas; el sonido de guitarras y el ruido de boyeros guiando sus carretas. Arnulfo se levantó.

- Garro, Garro, salgamos a mirar a los veraneantes, que van para la playa, de seguro las mujeres son lindas. Prendieron la canfinera, se asomaron por la ventana y todo estaba en silencio, sólo veían la sombra del gran higuerón, ubicado como a cincuenta metros de allí.

- ¡Qué raro! Oí los ruidos debajo del higuerón; pero no se ve nada - Dijo Arnulfo -. Se volvieron a acostar, el silencio reinó de nuevo y se escuchaba el canto de los grillos. Ya se habían dormido, cuando de pronto oyeron cantos, mujeres hablando y riéndose en una pura fiesta, los boyeros arriando las yuntas, Arnulfo llamó de nuevo a su amigo - Garro, Garro ahora sí, ya llegaron al higuerón ¡Vamos, levántese!

Salieron de la casa y como antes todo quedó en silencio, sólo que esta vez con el reflejo del rayo de luna vieron unas ruedas, que giraban alrededor del inmenso árbol. Eran ruedas sin carreta ni bueyes; también divisaron la figura de tres caballos, que comían cogollos del árbol. Los muchachos envalentonados dieron unos pasos para llegar al árbol, caminaron un poco más y vieron que el pescuezo de los caballos se había estirado, comían hojas de la copa del árbol como si fueran jirafas.

Se les erizó el pelo. ¡Esto es brujería! – Gritaron. De inmediato entraron a la casa; cerraron todos los picaportes; oyeron cantos siniestros, risas de espanto que se repetían. Las carcajadas satánicas llegaron hasta el corral, donde

tenían las bestias; los caballos relinchaban de miedo; la noche se les hizo un infierno, hasta que amaneció.

Al otro día decidieron irse; fueron a alistar los caballos para que los llevara a la estación del tren; pero no estaban en el corral, se llevaron todo el sábado buscándolos y los encontraron cerca de la barca del Río Grande de Tárcoles con un montón de nudos en las crines. Espantados le contaron a un vecino del lugar, lo que les había sucedido y la noche terrible que pasaron. El hombre les preguntó - ¿Tuvieron algún problema con alguien?

- No señor - Contestó papá - Lo único que hizo Arnulfo fue encandilar con el espejo a una señora, que pasó frente a la casa, ayer como a las tres de la tarde.

- Ni se hable más - Dijo el hombre - La mujer que pasó a esa hora por la calle era La Chiflón; ella es una bruja de las peores en este lugar.

Papá nos contaba esa historia antes de ir a dormir, uno se hacía un nudito de miedo en la cama, y él afirmaba que el relato anterior no era un invento, que él lo había vivido, y aprovechaba la ocasión para aconsejarnos, que a las personas mayores siempre debemos respetarlas.

LA POZA DEL ENCANTO

Quiero rescatar esta leyenda de La Asunción de Belén, que de seguro no conocen las nuevas generaciones.

Cuando éramos chiquillos mis hermanos, vecinos y amigos, tuvimos el privilegio de bañarnos en las pozas de los ríos que cruzan nuestro distrito: El Quebrada, El Bermúdez y El Virilla.

El río Bermúdez fue nuestro preferido, porque tenía varias pozas: El higuerón, allá por los palos de coyol en propiedad de La Negra a cincuenta metros corriente abajo. La Tía Chema, ubicada por las cañas bambú donde doña Genara,

el nombre es extraño para una poza; pero así le decíamos y nunca supe el porqué de ese nombre. Setenta y cinco metros más abajo estaba la poza Las Tres Marías o El Encanto del río Bermúdez.

En todas nos podíamos bañar; aunque la predilecta fue La Tía Chema porque no era profunda, nos llegaba el agua hasta la cintura. Cuando papá y mamá nos veían salir se preocupaban y nos daban siempre la advertencia: - No se bañen en pozas hondas y ni se les ocurra arrimarse a Las tres Marías, allí es un asustadero.

Es posible que asustaran, porque no recuerdo haber visto nunca a nadie bañándose en esas aguas. A veces le preguntábamos a papá ¿Por qué dice usted, que ahí asustan? Él contestaba que en sus años mozos, mucha gente decía que ahí había un hechizo, porque se veían pasar tinajas encantadas llenas de polvo amarillo, había oro indígena enterrado, además contaban que al pasar por el lugar, se escuchaban: cantos, risas, gritos y lloros, que por eso a esa poza ninguna persona se arrimaba por más valiente que fuera.

Otros aseguraban, que en otra época se habían ahogado tres mujeres, cuyos nombres eran: María Gertrudis, María Ramona y María Teófila, quienes fueron arrastradas por una creciente, mientras lavaban ropa y recogían agua en grandes tinajas de barro.

Todo eso lo relataba papá y también lo oí decir a un señor que vivía en el Bajo del Chompipe, cuando tuve allí una pulpería, ese señor me contó un día esta historia:

- Mis hermanos y yo teníamos en Los Morales unos terrenos dedicados a la agricultura; lugar que ocupa hoy el residencial Bosques de doña Rosa. Pensamos sembrar un camotal; habíamos quedado en que yo iría bien de madrugada a machetear y a limpiar las eras, donde se iba a

pasar el arado. El boyero estaría a las seis, el terreno debía estar listo a esa hora, para no atrasarnos.

El lunes me levanté a eso de las dos de la madrugada; tomé un poco de café; me amarré el cuchillo a la cintura; me puse las botas de hule; me acomodé bien el sombrero, y cogí el calabazo con agua, y ya estaba listo para irme al trabajo. Al salir pensé - Por la calle es más largo, voy a irme por dentro, así llego más rápido. Tomé el camino del Bajo del Chompipe por dentro, hasta llegar al Bermúdez y ahí seguí por el trillo que pasaba entre terrenos y potreros, cerca de la ribera del río. Yo iba tranquilo, aún había un poco de luna esa madrugada; saqué un cigarrillo y fui disfrutando de todo el ambiente a mi alrededor. Cuando me iba acercando a la poza de Las Tres Marías, empecé a oír risas, cantos de mujeres y chapaleos en el agua, como si varias personas estuvieran nadando en esa fría madrugada.

- ¡Qué extraño! - Me dije - ¿Quiénes se estarán bañando a esta hora con el frío que hace? Al frente de la poza la curiosidad me venció, y en un claro de la orilla me asomé y vi con terror a tres mujeres de pelo largo sentadas en las piedras de la poza; ellas me vieron y me hacían señas para que me acercara; pero no conocí a ninguna, de repente sentí un escalofrío, que recorrió toda la espalda y me llegó hasta los talones; se me erizó el pelo y quedé perplejo. A como pude me fui alejando del lugar, invoqué a todos los santos para que me protegieran, y de lejos escuché de nuevo risas, gritos y cantos de mujeres hasta que llegué al puente donde doña Genara. Un susto más grande que ese, nunca me lo había llevado – dijo todavía impresionado.

Después de escuchar el relato de don Chon pensé – Debe ser cierto todo lo que cuenta, porque él es una persona sincera, reservada, leal, por eso le creo.

Más tarde, esa narración de tanto transmitirse se convirtió en leyenda. Leyenda auténtica de La Asunción de Belén, que ya nadie conoce y tal vez muchos no lo admitan; pero algo

de cierto hay, porque la poza de Las Tres Marías jamás fue visitada, a pesar de ser una de las mejores pozas: ancha, hermosa, larga, con buena sombra y grandes rocas; sin embargo, ningún muchacho de la época se atrevió nunca a lanzarse desde allí.

EN EL CERRO DE PIEDRA

En tardes de temporal persistente de aquellos años de mi niñez, cuando mis hermanos y yo no podíamos jugar con nuestros vecinos, le rogábamos a nuestros padres que nos contaran historias de miedo; la siguiente es una de ellas que le sucedió a un vecino de La Asunción de Belén. Muchas personas la narraron y también aseguraban que era un hecho real.

A la entrada de La Hacienda Potrerillos, donde está actualmente el tanque del acueducto de La Asunción, en la década del cuarenta vivía un joven muy apuesto, buen trabajador, valiente, cuyo nombre era Otoniel. El muchacho trabajaba en agricultura, los fines de semana se iba para Heredia, donde disfrutaba de la compañía de amigas, que lo apreciaban mucho. Con el tiempo, a una de ellas quizá a la más linda le declaró su amor. Todos los sábados después del trabajo, ensillaba con la mejor montura a su hermoso caballo Pinto; luego se bañaba, se ponía el mejor traje y cogía para Heredia con ilusión.

En esos tiempos la ruta que comunicaba Belén con Heredia, era una calle angosta y empedrada, la llamaban La Calle Real, por allí pasaban: jinetes, yuntas de bueyes con sus carretas, carretones que jalaban productos agrícolas de Belén a Heredia y viceversa; las manadas de reses que llegaban al toril del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, luego eran arreadas hasta la plaza de ganado de Heredia, y por allí en épocas anteriores, se trasladaban también las mulas que llevaban el café a Puntarenas.

Otoniel con los días fue tomando más confianza a esa calle de piedra y cada vez pasaba más tarde por ahí, a pesar de las advertencias que le hacían los mayores: - Otoniel, no se demore tanto en Heredia, recuerde que en el Cerro de Piedra hay salteadores que atacan a altas horas de la noche. El joven decía que estaba bien, y siempre prometía venirse más temprano.

El Cerro de Piedra estaba ubicado unos metros después de La Aurora, subiendo hasta Santa Cecilia; antes de llegar a ese cerro había dos vueltas en el camino, que aún están; la primera la llamaban la Vuelta del Tuete y la segunda La Mayorga o Vuelta de las Higuerillas, en aquella época eran parajes solitarios rodeados de zonas boscosas y cafetales. La calle angosta tenía a ambos lados cercas de alambre de púas, con árboles de madero negro y otras especies.

Un sábado por la noche Otoniel estaba marcando de pronto, sacó del chaleco su reloj de bolsillo, que sostenía de una leontina, y con inquietud exclamó: - ¡Oh, por Dios! Ya es tarde son casi las diez, tengo que irme.

- Es verdad, nos cogió muy tarde, a mí me van a regañar – Dijo la novia

- Bueno amor, mejor me voy, el sábado nos vemos de nuevo.

- Sí, lo estaré esperando, buenas noches, que Dios lo acompañe – Contestó la novia.

Otoniel soltó el caballo, le acarició el lomo, montó y dijo - ¡Vámonos Pinto! Y tomó la Calle Real, pasó por San Francisco rápidamente, y continuó su camino. La luna alumbraba muy tenuemente el sendero, y provocaba sombras tenebrosas bajo los árboles de madero negro. Llegó al Cerro de Piedra con cierto temor, porque eran pasadas las diez de la noche, en esos tiempos deshoras de la noche. El joven empezó a bajar la cuesta, sacó la carbura para alumbrar el camino, que más parecía un túnel por la vegetación tan tupida en las

orillas. Algunas aves nocturnas se asustaban por el sonido de los cascos de la bestia contra las piedras, y dejaban escuchar un aleteo, que se perdía entre la vegetación.

Mientras sobaba el cuello a Pinto, Otoniel pensó – ¡Qué suerte, bajamos el cerro y nada malo nos pasó! Siguió por el trillo y antes de llegar a la vuelta de La Mayorga en una encrucijada la más oscura del camino, vio a una muchacha muy hermosa, con el pelo negro bien peinado, ella le hacía señas para que se detuviera.

- No puede ser que una mujer esté sola a estas horas de la noche y en un lugar tan solitario – Se dijo, y como buen hidalgo frenó su caballo. El animal se puso nervioso; se encabritó, golpeaba el suelo con sus cascos, resoplaba. La joven sonriente se acercó - Señor, puede hacerme el favor de llevarme.

- ¿Qué hace usted de noche en un lugar tan solitario y peligroso?

- Si yo sé, es que andaba donde un familiar y me cogió tarde, estaba esperando que alguien pasara por aquí y me llevara; vivo por la calle que va a El Barreal en la Pitahaya, y me da mucho miedo bajar sola.

Otoniel arrimó su caballo al tronco donde ella estaba sentada, le tendió la mano para ayudarla a montar. La joven tomó su brazo y de un salto se sentó en ancas del Pinto, que se ponía aún más nervioso y relinchaba. Otoniel pensó que el caballo estaba inquieto, por el peso que traía demás. Le acarició las crines, y le dijo - Tranquilo Pinto, la muchacha es muy linda, no te pongas celoso, vámonos.

Pasaron la vuelta de La Mayorga, después la del Tuete, y empezaron de nuevo a bajar con rumbo a La Pitahaya; venían conversando animadamente, de vez en cuando pasaba algún rayo de luna; él miraba hacia atrás y veía

aquella bella mujer que se había encontrado, se sentía muy feliz de haberla recogido.

Después de un rato, llegando al higuierón de la Pitahaya, le extrañó que él hablaba, pero ella no le contestaba, entonces sacó la carbura.

- ¡Bueno linda ya llegamos! – Dijo - Espero verte de nuevo eres preciosa, ella no contestó.

Entonces Otoniel se volvió, alumbró el rostro de la bella, y vio en su lugar a un ser horripilante, con cara de yegua que le pelaba los dientes, tenía la lengua larga y tiesa. Lo miraba de forma espantosa. El hermoso cabello se había convertido en una especie de crin despeinada, que le cubría la cara infernal; los ojos chispeaban como brasas encendidas y roncaba como en una especie de relincho salido de los infiernos.

Se quedó paralizado, el pelo se le erizó; un sudor frío le recorrió la espalda y le llegó hasta los pies; sacó fuerzas de flaqueza a como pudo, tomó un poco de valor y de un empujón tiró a aquel ser satánico por detrás del caballo. Luego espoleó tanto al Pinto, que salió desbocado, mientras tanto seguía escuchando los ronquidos sordos y guturales de la espantosa aparición; volvió a ver para atrás y ahí venía el ser diabólico guindando de la cola de su caballo, con aquellos ojos de fuego y cara de yegua que le helaba la sangre.

Veloz como iba, tomó el camino para enrumbarse a su barrio, al pasar por la vuelta casi lo tira el caballo, sin embargo, logró mantenerse. El portillo de la casa era de alambre de púas; le dio riendas al Pinto, que saltó sobre los alambres, más o menos a las once y media de la noche llegó al frente de su casa. De un salto bajó de su montura; acto seguido se levantó en el aire; cayó en el corredor, de un par de patadas abrió la puerta, y se desplomó en media sala.

Al oír el escándalo su familia se levantó, lo encontraron hecho un puño en la sala brincando de escalofríos, con la lengua arrollada; lo frotaron con agua florida, le dieron a tomar café fuerte, y lo envolvieron en una cobija, poco a poco fue volviendo en él.

- ¿Pero ¿qué te pasó? le preguntaban.

- Mañana les cuento, por favor no me pregunten, les pido que no me dejen dormir solo – decía temblando de miedo.

Al otro día contó la terrible experiencia, que había vivido la noche anterior, y prometió que nunca más volvería a quedarse tarde en la calle. Esa noche Otoniel vivió la peor experiencia de su vida, había montado en las ancas de su Pinto a la mismísima Segua, un ser salido de las profundidades del averno.

¡VAMOS A LA GRUTA!

La Gruta de Potrerillos existe desde antes de mi infancia, recuerdo mi primer paseo, que hice en compañía de mi primo Omar, quien tenía una tía que vivía cerquita de la entrada.

En octubre y noviembre la calle que iba de bajada, era un pantano y brotaban sobre ella por doquier, pequeños ojitos de agua. La entrada a la gruta era un poco tétrica, oscura debido a la cantidad de árboles, bejucos y enredaderas; su hermosa cepa de cañas de bambú amarillo nos daba la bienvenida con sus crujidos tenebrosos, al ser mecidas por el viento y chocar suavemente entre ellas.

Allí fuimos muchas veces a pescar olominas, a conseguir Chumicos o jaboncillos para jugar con ellos en lugar de bolillas, también íbamos a buscar: mangos, caimitos, ojos de buey con la intención de quemar a nuestros compañeros de la escuela. Cientos de veces nos bañamos en sus aguas transparentes y cristalinas de la naciente, que está detrás de

La Gruta; hacíamos presas en el riachuelo que atravesaba el potrero de La Negra; aunque siempre vigilantes de que no llegara, porque eso a ella no le gustaba. La Gruta es mi lugar preferido del distrito de La Asunción; pero saben ustedes ¿por qué motivo hicieron ese monumento a la Santísima Virgen en ese lugar tan especial? Bueno les diré, que una señora vecina de allí llegó a El abastecedor un día y me contó - Verá usted Carlos Manuel, según dicen mis papás en tiempos lejanos no había cañería, entonces las señoras tenían que ir a lavar ropa en el yurro; los hombres las acompañaban y llevaban: peroles, tarros, tinajas y recogían agua para hacer los oficios domésticos, y también se bañaban ahí.

El lugar era una zona de bosque tupido que se extendía hasta la ribera del río Bermúdez tenía: gran cantidad y variedad de árboles, bejucos, enredaderas; aves y abundaban por todo el bosque animales salvajes, era sitio hermoso; sin embargo, había un problema, ya que después de las cuatro o cinco de la tarde, nadie podía acercarse, sólo los valientes se atrevían a adentrarse en ese sendero del bosque oscuro y tenebroso, porque después de esas horas se desataba la asustadera: chanchas con un montón de chanchitos, gallinas cluecas con otro montón de pollitos, Chompipes aleteando enojados, todo esto sucedía frente a las personas, luego de unos segundos se perdían en la nada. Otras veces veían bultos, fantasmas que flotaban en el aire, lluvias de arena, o de piedrecillas que caían a los lados de la pequeña loma. También escuchaban: risas horribles, lloros, rezos, música y cantos.

Entonces una vecina del lugar tuvo la feliz idea de clavar una estampa de la Virgencita de Lourdes en uno de los árboles gigantes del lugar, para ver si con esa imagen sagrada se quitaban los sustos. Luego de eso sucedió que todas las personas que iban a recoger el cristalino y transparente líquido, antes de bajar al riachuelo rezaban avemarias,

padrenuestros y se encomendaban a la santísima Virgen para que los cuidara e intercediera por ellos y sus familias.

La tradición fue tomando fuerza, hasta que llegó a realizarse un rosario cada año. La devoción creció y otra persona de la vecindad dijo - Hagámosle una gruta a la Virgencita. La idea fue aplaudida y apoyada de inmediato, por todos los vecinos de la Calle de Potrerillos. Los Fuentes, los Chaverri, los Aguilar y los Quesada pusieron manos a la obra y consiguieron: piedra, cemento, varilla e hicieron la primera gruta, que era un poco más pequeña que la actual.

- ¿Y qué pasó después, se calmaron los fantasmas o todavía alguien se lleva un susto con ellos? – Pregunté.

La vecina que contaba la historia sonrió y dijo – No sé, a lo mejor todavía se llevan un sustillo.

Con el pasar del tiempo los pocos vecinos que vivían allí, hicieron más grande la gruta y la corrieron un poco más atrás, esa es la misma que tenemos hoy.

Durante algunos años, allí acostumbraban hacer turnos. ¡Qué lindos recuerdos! Un sábado por la tarde bajar la pendiente con la noviecita, hasta el lugar donde estaban los chinamos de caña de bambú: uno para hacer rifas, otro para jugar bingo, otro para los traguitos, la cerveza, los refrescos, En el chinamo más grande se vendían las deliciosas comidas, hechas en las cocinas de La Asunción. Yo invitaba a la novia a un tamalito, a comer pozol o gallos de picadillo, tal vez a un café. Además, la llevaba a las rifas. No hay comparación entre aquellos turnos y las pocas actividades que se realizan ahora ¡Qué época más bonita!

A menudo yo visitaba la gruta con mis hijos y mi esposa. Recuerdo una tarde de verano, que llegué con mis amigos y un vecino a pasar ahí el rato, nos sentamos al borde de la pileta, habíamos llevado la guitarra para practicar y hacer un vación, acompañados por la cepa de bambú amarillo y sus

crujidos tenebrosos de sus cañas, al mecerse por las brisas del verano. Ya había oscurecido, de repente se escuchó un golpecillo en la guitarra, como si una piedrecita le hubiera caído, yo pensé – debe ser un mango tierno de los árboles que hay alrededor, no había terminado de pensarlo, cuando se oyó otro golpe igual, y más seguido otro y otro. Nuestro vecino de La Gruta dijo - Jalemos de aquí, esos hijueputas empezaron a joder.

- ¿Quiénes son los que joden? – Pregunté.

- Los espíritus – Contestó – a ellos no les gusta que uno esté aquí a esta hora y empiezan con la asustadera.

Esa fue la única experiencia paranormal que viví en La Gruta de Potrerillos, uno de los lugares más bellos de nuestra querida Asunción de Belén.

LA CASA SOLITARIA

En los años de mil novecientos cincuenta mis padres recién casados vivían en una casona grande, elegante, blanqueada de cal y corredores volados, que tenían a su alrededor una baranda de madera pintada color caoba; propiedad del señor Guillermo Zumbado, donde se había criado papá. Esa bella casa estaba situada en la parte atrás del Bosque del Ariete, junto a La Gruta de Potrerillos que hoy en día es una pequeña reserva forestal, que la Municipalidad de Belén protege con esmero. Dicha casa estaba rodeada de flora y fauna, que tenían en ese sitio su hogar especial. Ahí había nacientes de agua cristalina y pura que brotaban por debajo de las piedras, y unos metros más abajo, pasaban las limpiísimas aguas del Río Bermúdez. Ese pequeño lugar era un paraíso en la Asunción de Belén.

Papá y mamá también disfrutaban de todo ese entorno maravilloso que los rodeaba. En ese precioso sitio nací yo, ahí pasé mis primeros años de vida. El único inconveniente que tenía el lugar, era que no había ningún vecino a su

alrededor. Mientras papá se iba a trabajar, mamá quedaba íngrima sola; sin embargo, ella se entretenía en sus oficios y la pasaba bien.

Un día de tantos amaneció de temporal y se le ocurrió esta idea - Voy a hacerle una buena olla de carne a Carlos. Entonces salió de la casa con una bolsa de mecate, y se encaminó por un pequeño trillo entre el bosque y las nacientes, bordeando piedras y árboles hasta que llegó a una parte plana, donde papá había sembrado la chayotera; la mata estaba tendida en la barbacoa y subía a la copa de los árboles; la cosecha era abundante, los chayotes se recogían hasta por el suelo. Mamá se acercó a la chayotera, miró a todos lados y se llevó tremendo susto, cuando se percató, que allí estaba una viejecilla agachada juntando chayotes.

- ¿Quién será? - Se preguntó, y a la vez se escondió detrás de un árbol, para tratar de reconocerla; pero no pudo ver su rostro; con disimulo caminó unos pasos más para acercarse a ella y se dio cuenta de que nunca la había visto. Aquella mujer tenía la cara completamente arrugada, el pelo blanco y despeinado. Al instante mamá quedó paralizada, empezó a sentir escalofríos; se le erizó el cabello. Con horror intentó mirarla de nuevo; la vieja con palidez intensa la miró férrea, pegó un salto y se esfumó en la nada.

Cuando papá llegó del trabajo, supo lo ocurrido en la chayotera y con tranquilidad le contó a mamá, que desde años atrás él sabía algo de la aparición; aunque nunca se lo había dicho a ella para evitar que sintiera miedo. Según mi padre allí estaba el espanto de la Tule Vieja; el lugar era hermoso; no obstante, los habitantes del barrio La Gruta aseguraban que ahí asustaban mucho. Meses después mis papás salieron del lugar, porque luego del incidente en la chayotera, empezaron a escuchar día y noche ruidos extraños en la casa.

¿QUÉ QUIERES DE MÍ, EPIFANÍA?

Ayer estaba viendo un video de un desfile de boyeros y recordé las leyendas, que en muchísimas ocasiones escuché en labios de mi padre. Una de ellas cuenta que, en aquel San José de antaño: rural, de inmensas haciendas dedicadas a la agricultura, al cultivo del café, la caña de azúcar, y reservada también a la ganadería; de pequeños caseríos de gente humilde, trabajadora, y creyencera, vivía Epifanía en una casa de adobes, oscura. Ella era una mujer de unos cuarenta años, encorvada, de aspecto tenebroso, siempre solitaria; visitada solamente por gente que necesitaba un amarre, una opción para males de amor, o para traer suerte a su vida. Tenía fama de ser la bruja de la comunidad y la de los pueblos vecinos.

En el poblado vivía también un muchacho trabajador, apuesto y simpático, que se llamaba Antonio; el joven cada vez que pasaba frente a la casa de Epifanía la saludaba.

- Buenos días Epifanía, que el Señor me la bendiga.

Epifanía siempre lo miraba indiferente; pero un día lo escuchó y sintió algo extraño, agradable y se dio cuenta de que el saludo la acariciaba y se dijo - Este hombre tiene que ser mío, es muy guapo y simpático, haré lo que sea posible para conquistarlo. Por supuesto, Antonio no tenía ningún interés en aquella mujer, sobre todo por la fama de bruja que tenía.

El tiempo pasó y Epifanía se enamoraba más del apuesto joven, él no le daba ninguna importancia. Entonces la muchacha acudió a lo que más sabía hacer: la brujería y los hechizos.

En una ocasión tenebrosa, después de la media noche invocó al demonio y en medio de vientos fuertes, crujidos, risotadas satánicas, apareció el mismo satanás que con voz diabólica y ronca le preguntó - ¿Qué quieres de mí,

Epifanía? - Amo, quiero que Antonio sea solamente mío. El diablo riendo estrepitosamente le contestó - Yo te lo concederé, será tuyo y de nadie más; pero tu alma será mía para siempre jooooo, jojojoo y en medio de aquella carcajada siniestra, que helaba la sangre desapareció.

Al otro día Antonio llegó a la casa de la bruja y le dijo: - ¡Ah Epifanía! Vengo a entregarte mi amor, te he amado desde el primer momento en que te vi, te amo, mi amor será solo tuyo y para siempre. Epifanía lo tomó de la mano en silencio, lo metió en aquella casucha oscura, maloliente de donde muy pocas veces salía. Luego sucedió que aquel muchacho tan cristiano, no volvió a arrimarse al templo; la gente del pueblo notaba la ausencia y por supuesto, el señor cura también.

- ¿Qué se habrá hecho Antonio jamás volvió a la iglesia? - Preguntaba. Las señoras del pueblo le contaron la historia, el padre muy asombrado dijo: - Pobre muchacho si está con Epifanía, le va a suceder algo malo; yo nunca estaré de acuerdo con esa relación. A menudo en la homilía se refería a la ausencia de aquel joven, que había sido tan devoto.

Por su parte, Epifanía hizo de su hombre un discípulo, Antonio se convirtió en brujo y practicó durante largos años aquellas malas artes. Tiempo después enfermó, padeció una enfermedad mortal. Cuando sintió que su final estaba próximo, llamó a su esposa y le pidió que por favor fuera a buscar al cura - Epifanía, mi fin está cerca, quiero que el cura, venga a ungirme con los santos óleos y cuando muera, llévame al templo, para que el sacerdote me haga el responso.

El día llegó, Antonio murió en brazos de la bruja y por supuesto, ella no cumplió el último deseo de su marido; sin embargo, enyugó los bueyes, pegó la carreta, montó al difunto y se fue con mucha prisa directo a la iglesia. La carreta en el viaje dejaba oír el traqueteo de sus ruedas, al pegar contra las piedras de aquel camino terroso. El sacerdote oyó el estruendo, salió del templo y al ver que

venía la carreta tan veloz hacia el atrio, ordenó a los bueyes con fuerza - ¡Deténganse, váyanse de aquí! Los bueyes de inmediato se soltaron y se fueron lejos.

La bruja furiosa blasfemó contra la iglesia, el sacerdote y todo lo sagrado. Luego balbuceó una serie de palabras raras invocando a satanás. Entonces el sacerdote maldijo a la bruja, al difunto, la carreta, y afirmó - ¡Vagarán por las calles, asustarán al que los oiga y los vea, nunca pararán! Por eso en noches lúgubres se escucha el traquetear de las ruedas de una carreta, que vaga sin bueyes y sin rumbo hacia la eternidad. Asusta al que oye el ruido infernal y sobre todo a los trasnochados; algunos han tenido el infortunio de toparse con ese espanto satánico: la carreta sin bueyes, con un ataúd dentro y sentada sobre el cajón la horrible mujer de nariz aguileña, que lleva en sus manos una escoba en lugar del chuzo y en la cabeza un sombrero negro de alas anchas. Agarrado a la punta del timón el demonio de ojos rojizos, camina con mirada espantosa y carcajada demoníaca, que a cualquiera que lo ve le hiela la sangre.

De niño influenciado por esa leyenda, pasé noches de terror escuchando el traquetear de las carretas, que pasaban por la Calle Real. En aquellos años transitaban por La Asunción: boyeros, yuntas de bueyes, carretas, hombres de trabajo que se levantaban a altas horas de la madrugada, para empezar sus labores, en tanto, yo me hacía un puñito en la cama muriéndome de miedo.

EXPERIENCIA ESCALOFRIANTE

Hace algunos años en un verano, mi hijo Carlos Enmanuel salió con unas amistades a una actividad social. Disfrutaban sanamente del evento y pasadas las diez de la noche, emprendieron su regreso. Como era ya tarde y a mi hijo le quedaba difícil el traslado, una de las amigas le dijo, que se quedara durmiendo en la planta alta de un pequeño salón, que estaba detrás de su casa.

Él estuvo de acuerdo, se quedó charlando un rato con ella, recordando los buenos momentos que había pasado en la fiesta. Más tarde, la muchacha le dio la almohada, la cobija y él se despidió. Caminó unos veinte metros atrás de la casa, donde estaba la habitación en la que dormiría esa noche. Muy tranquilo subió las gradas, que lo condujeron al pequeño cuarto, allí había una colchoneta, colocó la almohada, extendió la cobija y se dispuso a dormir. Estaba cómodo, sólo había algo que lo perturbaba; el dormitorio no tenía puerta, tan solo una barandita que hacía esa función y al otro lado una ventana, por la cual la Luna filtraba sus rayos con una luz tenue y pálida.

Se encomendó a Dios; pasada la medianoche estaba quedándose dormido, cuando escuchó bulla y pasos en la planta baja del salón. Pensó - Mmmm, será que alguien viene a traer algo que dejó olvidado, para estar seguro prendió la luz y bajó las gradas - ¡Qué extraño no hay nadie! Se devolvió y dijo - Pudo haber sido una zarigüeya, o zorro que andaba buscando algo de comer.

Se acostó tranquilo porque no había visto nada extraño, y se dispuso a dormir. Como a las dos de la madrugada volvió a despertar, porque oyó grandes pasos trotando en el salón. Encendió la luz, pero no bajó, sino que se asomó desde arriba y pudo comprobar que no había nadie - ¡Qué raro! ¿Qué estará pasando aquí? - Dijo - Esta vez sintió temor, no apagó el bombillo. Un rato después todo era calma, se acomodó, y trató de dormir. De pronto, oyó pasos de nuevo; pero esta vez más fuertes y duros, lo peor era que alguien subía las gradas, se tapó la cara. Los escalofríos iban y venían, sentía que el cabello se le erizaba; aquella noche era de pesadilla, luego se armó de valor y venciendo el miedo, se quitó la cobija de su rostro y se arrepintió mil veces de haberlo hecho, a través de los rayos pálidos de la Luna vio sentado en la última grada, a pocos centímetros de él, la silueta de humo negro de un ser extraño, que lo

miraba con ojos rojizos y malévolos. ¡Oh Dios mío, qué es esto! - Pensó y a gritos exclamó - ¡Un fantasma!

Mi hijo empezó a rezar, pidió a Dios que amaneciera en seguida; bajó todos los santos y ya no se atrevió a mirar más aquella figura; los escalofríos recorrían todo su cuerpo, su corazón palpitaba con fuerza al recordar que, a pocos centímetros de él, estaba un fantasma. El tiempo se le hizo eterno.

La espera terminó, cuando se destapó la cara, divisó la claridad del sol por la ventana, y se dio cuenta de que los dueños de la casa, se habían levantado.

Con intenso terror bajó las gradas; dio las gracias a su amiga y se despidió, prometiéndose que nunca jamás en la vida volvería a quedarse a dormir en ese lugar.

LA PILA DEL HORNO

Hace ya muchos años mi papá construyó nuestra casa de madera en La Asunción de Belén, al final de lo que hoy se llama Calle Linda Vista.

Nosotros fuimos los primeros que llegamos a ese lindo lugar, así pasamos varios años, hasta que un día llegó un señor de la Pitahaya, que vivía por donde aún está la imagen del Corazón de Jesús. Don Manuel Ángel Salas, don Manolo compró un lote justo al frente de nuestra casita, e hizo su casa también de madera. Muy pronto mis hermanos y yo hicimos amistad con los nuevos vecinos; todas las tardes jugábamos en esa estrecha e inolvidable callecilla; nos íbamos a bañar a los ríos, y en la tarde nos sentábamos en las cepas de zacate violeta, que nuestro padre había sembrado como cerca y protección para nuestro hogar.

En esas tardes los amigos nos contaban asuntos, acerca de la existencia de unas ruinas indígenas, en la finca cafetalera de Los Pacheco. Esa finca quedaba donde hoy

está: la empresa Conducen, el hotel Herradura y todas las urbanizaciones que pueblan esa parte al este de La Asunción de Belén. Ellos la llamaban La Pila del horno o La Gruta del Chamán, porque allí había una caverna, la describían como una pequeña gruta, donde había una pila que recogía agua y al frente de ella, unos cuantos bancos y mesas de piedra.

De inmediato les dije que, yo quería conocer ese lugar del que ellos hablaban. Hasta que un día me llamaron - Calen, vamos a La Pila del horno, si quiere viene con nosotros, jale para que la conozca. - Espérenme voy a pedirle permiso a mamá - Contesté.

- Bueno póngale, porque vamos a dejar el almuerzo a mi tata. Salí corriendo y le dije a mi madre - Mamá, déjeme ir con los chiquillos de don Manolo a dejar el almuerzo al papá, es que quiero conocer el lugar - Bueno vaya, se porta bien y no me venga tarde.

- Está bien mamá, venimos temprano.

Caminamos por la calle hasta llegar al tanque del acueducto municipal, nos metimos por la callecilla de Los Morales, unos doscientos metros adentro nos desviamos por un pequeño trillo, cruzamos la cerca de alambre y nos adentramos en aquel gran cafetal, cuyas matas nos daban bandolazos en la cara. Seguimos el trillo que apenas se distinguía entre la hojarasca hasta llegar a un callejón, después de dejar el almuerzo nos internamos en la enorme finca, caminamos de nuevo entre calles de café, de pronto, apareció ante nosotros un pequeño montículo.

- Calen, esta es la Pila del horno de la que hablábamos la otra vez - Dijeron ellos. Era un pequeño cerro, en la parte de arriba y a los costados tenía unos frondosos árboles de higuera, arbustos, hierbas y algunas enredaderas que le daban frescura y belleza a ese lugar. Al frente del cerrito había una especie de gruta no profunda, sus paredes

estaban forradas de piedra, la base de la pila también era de piedra, allí se recogía agua pura que se filtraba en gotas desde las paredes, las que luego salían formando un pequeño riachuelo, que se perdía en la inmensidad del cafetal. Al frente del monumento indígena, había una mesa grande de piedra, era como un altar de sacrificios con bancas y mesitas de piedra alrededor, ahí también se veían restos de tres senderos de piedra que entraban, uno al frente y los otros por cada costado del lugar. Los árboles de higuerón le daban una atmósfera sombría.

Yo sentía un poco de temor, más cuando me acordaba de lo que contaban mis amigos sobre las cosas extrañas, que le había sucedido a un peón, cuando entrada la tarde y se quedaba solo; aunque todo estuviera en calma de repente, oía que las copas de los árboles se agitaban fuertemente, como si soplara un intenso viento. Otras veces escuchaba lamentos o gritos desgarradores como si a alguna persona la estuvieran martirizando, por eso decían que muchos trabajadores no se acercaban nunca por esos contornos.

Tiempos atrás esos parajes eran una exuberante selva tropical húmeda llena de manantiales, que los Huetares aprovecharon para hacer de ese bello lugar su poblado. En sus riberas el río Bermúdez, aún conserva algunos vestigios de lo que fue el ayer.

La Flora y fauna desde el Bosque del Ariete, hasta colindar con Bosques de doña Rosa, se mantiene en mínima parte, aunque todavía hay nacientes de agua cristalina y unos pocos árboles frondosos que nos dan oxígeno.

La Asunción de Belén fue el primer asentamiento de nuestro pueblo, de ahí surgieron otros caseríos, y se fue ampliando el espacio, hasta que se convirtió en la comunidad de hoy.

La pila del Horno existió; pero al entrar de lleno el progreso a nuestro cantón, los edificios y urbanizaciones arrasaron con las ruinas de lo que pudo haber sido un templo de rituales

indígenas, un sitio sagrado de nuestros antepasados, los que en el ayer disfrutaron de la belleza de una selva virgen, de una naturaleza llena de vida. Es lamentable que, el espacio no fue protegido, hoy hubiera sido lugar de atracción turística, de investigación y estudio de nuestros antepasados.



Paisajes Borrados

PASEO FAMILIAR

Allá por la década del setenta mis padres acostumbraban salir a pasear en Semana Santa. Por lo general salíamos el jueves Santo; desde el lunes llegaban mis primas y mi primo Omar a casa, y se ponían de acuerdo con mis papás, para ir a Electriona, planta hidroeléctrica en el límite entre el cantón de Belén y Pavas.

Desde muy temprano, mi mamá comenzaba a preparar el almuerzo y frescos para llevar, todo eso iba en una bolsa grande de mecate, en otra: platos, jarros, cucharas, y también una sábana grande para tenderla en el potrero. A las nueve empezábamos la caminata; salíamos de la casita de madera; bajábamos el potrero, que estaba detrás de la casa y cogíamos el trillo hasta llegar al puente de arco donde doña Genara; los más chiquitos nos adelantábamos un poco, para jugar debajo de las cañas de bambú, que estaban a orillas del Bermúdez. Luego subíamos por un costado del tajo de los Fuentes, oíamos el cantar de las chicharras y sentíamos las gotitas de orines de miles de ellas, que vivían en los árboles de madero negro, jocote, guachipelín y jinocuabe, los cuales servían de cerca con alambre de púas, para dividir las propiedades. Los tijos en los potreros, por encima del ganado o debajo de sus patas, comían garrapatas y otros parásitos. En los guayabales veíamos ardillas y gran variedad de aves comiendo aquellos deliciosos frutos que, por supuesto, nosotros también disfrutábamos.

En los cafetales escuchábamos el bullón de las pipías, que volaban junto a nosotros a como íbamos caminando. También disfrutábamos del canto de otros pájaros como: yigüirros, bobos azules y bobos chico, cardenales, viudas, tijerillas, palomas moradas, codornices, zacateras y un montón más de aves, que se encontraba uno en el camino, además del ruido de gran cantidad de insectos a orillas del cañón del río Virilla. Seguíamos el trillo, que iba cerca

de la peña y respirábamos aquel delicioso aire puro con olor a heno. Después llegábamos a las gradas para bajar a la entrada del túnel que atraviesa toda la represa de la planta hidroeléctrica. Allí la adrenalina comenzaba a subir, más si era la primera vez que uno lo pasaba. El túnel tiene más de cien metros de largo, si estábamos de suerte nos prendían la luz, si no había que atravesarlo en tinieblas; daba miedo, porque era demasiado oscuro. En el túnel hay una especie de claraboyas, por donde uno ve pasar el caudal de agua, por encima de la represa. Después de caminar varios minutos se puede ver al final la claridad de la salida. Nos detuvimos un rato. Allí tomamos agua fría en la planta y regresamos de nuevo para volver a vivir la aventura de atravesar el túnel.

Un enorme y frondoso árbol de higuerón era nuestra meta; mamá extendía la sábana, sacaba todo: comida, platos y empezábamos a disfrutar de aquellas delicias, que mi querida madrecita había preparado para esa ocasión.

Nosotros jugábamos en el potrero; el día se hacía pequeño; ya como a las tres o cuatro de la tarde, papá empezaba a guardar todo en las bolsas, señal de que el paseo de Semana Santa estaba llegando a su final.

De regreso aprovechábamos el tiempo para apear mangos tiernos de un árbol, que había por donde hoy es Ciudad Cariari, también recogíamos cases, y hasta jocotes de cerca. Llegábamos de nuevo a nuestra querida casa de madera, cansados; pero satisfechos de haber disfrutado de un paseo familiar, que hacíamos cada año en Semana Santa, paseos de nunca olvidar.

AL BAJO DE LOS TILIANOS

Hace algunos años lo más bonito y divertido, en el distrito de La Asunción era pasar la tarde, en el Bajo de Los Tilianos. Allí vivían nuestros queridos hermanos González Salas, todos ellos personajes muy populares en el cantón de Belén.

Si en aquellos días alguien preguntaba en La Asunción por Maximiliano; era difícil que dieran razón de él. Lo mismo sucedía si preguntaban por: Marcial, Narciso, Rubén, Juan Francisco, Crispín, Wilfrido o Benjamín González Salas; pero si alguien quería saber algo de Tililla o Tilia, Chova, Chicho, Perico, Pata e gato, Soto, Billo o Mincho ¿Quién no los iba a conocer?

En tardes de verano, uno podía ir a jugar con ellos cartas ron o poca, debajo del árbol de Jícara, que estaba junto a la vieja casona de bahareque. A veces llegaban hasta dos o tres grupos de jugadores, quienes pasaban entretenidos la tarde, jugando y riéndose por las salidas de alguno de los Tilianos, también jugaban algunas veces el bingo familiar.

Mucha gente de Belén visitaba el lugar, porque pasar la tarde en el Bajo de los Tilianos era escuchar: chistes, anécdotas, dichos, salidas, palabrotas, era realmente salir de la rutina. Cuando yo iba al Bajo de los Tilianos disfruté mucho del buen humor de todos ellos, quienes eran conocidos y muy apreciados en la comunidad.

De Tililla o Tilia todos sabían que era: un buen hombre; boyero, agricultor, ocurrente, quien le dio el nombre a su barrio: Bajo Los Tilianos. Los demás hermanos al igual que él fueron personas: muy amables, honradas, y trabajaban en agricultura, de ellos se cuentan muchísimas anécdotas, la que más he oído es una de Tililla que dice, que en cierta ocasión un amigo le dijo: - Tilia yo no sabía que usted se llamaba Maximiliano. ¡Juemialma, ese nombre es de un gran emperador! Tililla se quedó pensativo y de seguido le

contestó - Nada gano yo con ese nombre, prefiero llamarme Perro con plata, que Maximiliano, sin un cinco en el bolsillo. Jaaa, jaaa.

¿Y quién no conocía a Chova? El eterno bohemio que donde hubiera una guitarra casi de la nada, él aparecía; era muy feliz cantando, tocando la guitarra y echándose un macanazo. En nuestra juventud en muchas ocasiones Chova nos acompañó a dar serenatas. Su canción preferida era “A los mares me quise arrojar” siempre que tocaba de seguro que la cantaba.

Una vez hablando con él le pregunté - ¿Chova por qué a vos te dicen así?

- ¡Diay! No ves que cuando yo era chiquillo, no podía decir clavo, en lugar de clavo decía chova y mis hermanos de inmediato, empezaron a llamarme así y me quedé Chova; pero a mí no me molesta en nada, más bien me gusta mucho que me digan así.

De todos esos hermanos sólo Mincho (Benjamín) es el que vive. También en la familia hubo tres hermanas: doña Lidia que vivía en San Antonio, mi madrina Beca, y Pina. De las últimas dos, nunca supe sus verdaderos nombres

Hoy el Bajo de los Tilianos no es el mismo, los verdaderos Tilianos se nos fueron. En mi caso personal, tengo mucho tiempo de no ir por allá. No sé si las nuevas generaciones heredarían el buen humor y la picardía de todos ellos. Realmente era divertido estar allí, se pasaba un rato muy ameno, de verdad que al compartir con ellos uno se desestresaba, llegaba a la casa todavía riéndose por sus ocurrencias, y muy feliz por el buen trato que le daban. A mí me hicieron disfrutar mucho, por eso siempre los recuerdo

Relato dedicado a la familia Gonzáles Salas, en especial a mi madrina Beca (dDg.)

BAJO DEL CHOMPIPE

En otros tiempos la gente contaba, que el nombre de ese bonito lugar del Bajo de Chompipe, venía de muchísimos años atrás. Tal vez, de finales del siglo dieciocho o principios del diecinueve.

La entrada a esa calle llega a encontrarse con la ribera del Río Bermúdez; antes era sólo un trillo, por donde los agricultores iban a trabajar en terrenos propios o ajenos, los cuales estaban al otro lado del río, que servía a las mujeres de la época, para lavar ropa y realizar otros oficios domésticos.

La acequia que atravesaba el centro de ese barrio, nacía a la orilla de la Calle Los Tilianos. En ese entonces, todo el lugar era un bosque tropical húmedo lleno de vida silvestre: aves, mamíferos y cantidad de insectos que tenían allí su hábitat.

Bueno, pero quieres saber ¿cómo se originó el nombre del lugar? Alguna gente me ha relatado, que ahí había una familia que tenía crías de chompipe y por eso al lugar se le dio ese nombre tan curioso.

La otra historia dice que, cuando un vecino se quedaba sin agua e iba por el trillo hasta la acequia, pasadas las seis de la tarde, en muchas ocasiones le salía un enorme chompipe de entre los matorrales del bosque, aventado, aleteando, que lo atacaba a punta de picotazos, y no lo dejaba llegar a la acequia, tampoco podía arrimarse al riachuelo. Debido a esa situación, las personas empezaron a hablar del gran chompipe, que aparecía en el bajo y no les permitía recoger agua. Así sucedió que cuando los vecinos se referían al lugar, lo llamaban Bajo del Chompipe.

Durante cinco años, yo caminé todos los días por ese barrio, porque trabajé en La Scott Paper Company. Además, ahí tuve una pulpería. La gente del lugar es honrada y

trabajadora, a mí nadie me quedó debiendo mientras tuve el negocio. En el Bajo del Chompipe conocí gente buena como el gran amigo Don Asunción Murillo Rodríguez, conocido como Chon, hombre amable, servicial, de grata memoria. Otro vecino era don Javier Murillo Granados, todo un personaje de La Asunción de Belén, más conocido como Coronel o simplemente Coro, a él le gustaba mucho la cacería y a menudo salía con los perros de caza. Recuerdo que tenía un camión al que le decían El Rompe Nubes, porque al pasar despedía gran cantidad de humo. Coronel fue chofer manejó siempre la vagoneta. A veces le gustaba echarse sus traguitos; una tarde del año setenta y siete, en plena política electoral, estaba en el bar La Deportiva y se encontró con Adrián Zumbado, liberacionista de cepa. Coro era muy Caracista y se paraba frente al mostrador, a imitar a Carazo y decía: - Yo voy de frente, doy el cuerpo, doy la cara, ustedes vienen detrás de mí, y señalaba a Adrián. Entonces Adrián al principio se quedaba callado; pero luego al oírlo repetir el eslogan decía - ¡Ah, qué ganas de pegarle un zurdazo! Esta anécdota la viví en varias ocasiones, Coro imitaba tanto a Carazo, que hasta la risilla le salía igual.

Coronel tenía varios hermanos, de los cuales sólo están entre nosotros: Yayo, Cecilia y Otoniel. Yayo es otro personaje muy querido en La Asunción, en su juventud se dedicaba a hacer mandados. Cuando yo tenía la pulpería en El Bajo del chompipe, el primero que llegaba era Yayo - Garrito ¿Hoy tengo que llevarle pan a Bela y a su señora? - Si Yayo, hágame el favor. En ese negocio él fue siempre mi mandadero, por supuesto, que yo le pagaba todos los mandados que me hacía, de esa forma se ganaba la vida y, además, llevaba almuerzos, era un poquillo enamorado, así recuerdo a Yayito.

La Calle o Bajo del Chompipe, al igual que los otros dos Bajos: el de La Gruta y el de Los Tilianos; son lugares de los que guardo gratos recuerdos de mi niñez y juventud, pensar en ellos y sus personajes, me hacen revivir.

EL ESCUSADO DE HUECO

Allá por los años 1950 a 1965 o más, casi todas las casas de La Asunción de Belén tenían como servicio sanitario un escusado de hueco; por lo general lo construían alejado de la casa, para evitar los malos olores; calculaban la capacidad, porque si se llenaba rápido; tenían que hacer otro, y era duro hacer un hueco nuevo a punta de pico, pala y macana, además, había que sacar la tierra con un balde amarrado a una sogá. El hueco era por lo menos de dos, tres, o más metros de profundidad, una vez terminado se tapaba con una tabla de madera, a la cual se le había hecho una abertura en el centro, sobre la que se colocaba el asiento también de madera, para hacer las necesidades. Las familias más acomodadas compraban una plancheta de cemento, que venía con dos asientos, uno grande y otro más pequeño para los niños. Una vez instalado el asiento, se continuaba con la construcción de la pequeña caseta, que por lo general era de madera y tenía unas tres o cuatro láminas de zinc como techo. Una vez que se terminaba de construir, venía luego una especie de competencia entre los hermanos, para ver quién era el primero que lo estrenaba. En ese tiempo no había papel higiénico, en su lugar se usaba el periódico, que se colgaba de un clavo o los olotes secos, que guardaban después que desgranaban el maíz.

Durante el día todo era muy bien; pero en noches lluviosas sin televisión ni nada, los papás nos divertían contando historias y leyendas de terror, que crispaban la piel. Al rato cada uno iba para la cama en un puro temblor. A veces la lluvia no cesaba, qué triste y aterradora era la noche ¡Oh no! - Pensaba uno - ¿Qué hago si me dan ganas de orinar? Aquí no hay bacinilla. Eso era lo peor que podía pasar, porque la mente en ese instante estaba envuelta en leyendas y fantasmas de lo que antes había escuchado: La Segua, La Llorona, El Cadejos. Además, daban pavor los enormes sapos, que saltaban alrededor del escusado; lo malo es que uno andaba descalzo y se decía - ¡Uy qué

miedo salir en esta oscuridad! Es capaz que le ponga la pata encima a un sapo o me enrede en la telaraña que está dentro del escusado; pero si a uno le daban ganas, había que salir a hacer la necesidad y le pedíamos ayuda a mamá.

- ¿Qué le pasa, hijo? – ¡Mamá, quiero ir al escusado!

- ¡Oh no puede ser está lloviendo, ya es muy tarde! - Sí mamá, pero acompáñeme por favor. Era más que un ruego. Mamá prendía la canfinera, que había hecho papá.

La experiencia de salir nos producía adrenalina. Mamá se quedaba en la puerta de la casa, los metros para llegar al escusado se hacían kilómetros; la canfinera apenas alumbraba. Dios libre majar algo, porque de inmediato gritábamos con espanto - ¡Mamá ya majé un sapo!

- Siga hijo, siga – Gritaba ella – No tenga miedo, es solo una piedra.

Cuando uno por la noche abría la puerta del retrete; pensaba que se estaba metiendo en la casa de los sustos; imaginaba brujas, sapos, ratones; sentía que el piso se desfondaba, que la canfinera se apagaba. Entonces pedía auxilio de nuevo - ¡Mamá, mamá! - Aquí estoy – contestaba ella - Tranquilo. Al oír la voz de mamá, me llenaba de paz.

En el escusado los minutos se hacían horas, por la noche uno salía de allí, lleno de angustia y pavor.

Hoy esa calamidad pasó al olvido, la mayoría de la gente cuenta con el servicio sanitario dentro de la casa, bien equipado con su bombillo eléctrico, el lavamanos y todas las comodidades que se necesitan para la higiene personal. ¡Qué maravilla!

CALLEJÓN DE DON CHICO

El Callejón de Don Chico era un camino angosto, de unos ochocientos metros en dirección norte, por donde apenas podía pasar una yunta de bueyes y su carreta. Estaba ubicado cincuenta metros al este de la entrada a La Gruta de Potrerillos, donde hoy queda la calle del mismo nombre. Ese camino en otro tiempo servía para sacar productos agrícolas como: el café, maíz y frijoles que se producían en esos campos. También salían por ahí las carretadas de leña de madero negro, guaba y café que se cultivaban en el mismo lugar, y eran utilizados como combustible para encender los fogones de las casas de la época.

Allá por los años de mil novecientos sesenta siendo apenas un niño, ese paso estaba protegido por una tranquera, que con el tiempo desapareció, supongo que por la dificultad de estar quitando y poniendo las vigas, al entrar o salir del callejón. Las propiedades también tenían su portón de alambre de púas, que servían de paso a las personas o evitaban que algún animal se metiera a hacer daños, asimismo había en ellas portillos de doble paso.

Muchísimas veces pasé por ese lugar con mi primo Omar, porque íbamos a dejarle el almuerzo a mi Tío Luis, que trabajaba con Los González en una finca llamada Las Cinco Manzanas.

Desde la entrada hasta el final del camino a ambos lados, había cercas hechas de postes de madero negro, sostenidas con alambre de púas, con el tiempo los postes hijearon y se hicieron árboles frondosos, que daban una sombra deliciosa y el olor a madero negro al paso por el callejón. Caminar por ahí en el mes de febrero era algo sin igual, porque se podía apreciar la floración de los cafetos, que luego se transformaba en una belleza embriagante.

Miles de insectos llevaban a cabo la polinización de aquella futura cosecha, que más tarde sería fuente de ingreso para

sus dueños, y para todos los que teníamos la dicha de ir a recolectar el grano de oro, para llevar ayuda a nuestros hogares en época navideña.

Acercándose la Semana Santa se podía disfrutar el canto de miles de chicharras, que lo envolvían a uno en aquel sonido intenso y sonoro, acompañado por la melodía de otras aves, que habitaban aquellos campos cafetaleros.

Hoy todo eso terminó, el Callejón de don Chico se transformó en una carretera de doble vía, que comunica La Asunción con La Ribera de Belén; los cafetales desaparecieron para darle paso al cemento, y a una zona industrial y hotelera, que está generando desarrollo y al mismo tiempo: cantidad de polvo, ruido, humo a lo largo y ancho de todo el cantón de Belén.

EL BOSQUE DEL ARIETE

Posiblemente alguno de ustedes se pregunta el porqué del nombre de este bosque. El asunto es que desde hace años colocaron allí un ariete. El ariete es una bomba hidráulica, que funciona permanentemente día y noche sin parar por la presión del agua y el aire, lo cual hace que bombee agua a través de una cañería hasta determinado lugar. El ariete del que hablamos está situado al costado Sur de La Gruta de La Asunción, es decir, que la misma gruta forma parte de ese mágico lugar, donde siempre han tenido su hábitat diferentes especies de animales silvestres, zarigüeyas, ardillas, aves, insectos y también plantas y árboles oriundos de la zona.

En ese sitio hay varios nacientes de agua cristalina, que en tiempos de ayer fueron recogidas, en un estanque de concreto, y el ariete bombeaba el precioso líquido, el cual lo hacía llegar por cañería hasta la casa de don Guillermo Flores, que estaba situada como a un kilómetro del bosque.

El sonido sordo y tosco de la bomba en aquella época nos daba la bienvenida, lo podíamos escuchar casi desde los cien metros antes de llegar. El toc toc, toc ya era muy familiar para todos los chiquillos que, en un pequeño viaje de aventura y placer, nos internábamos en ese pequeño lugar de ensueño; pero no todo dura por siempre, otros niños y adolescentes descubrieron con asombro, aquel hermoso estanque entre árboles, bejucos y naturaleza; se imaginaron una hermosa piscina y sin pensarlo dos veces, con todo y ropa se lanzaban a sus cristalinas aguas en un baño fresco y delicioso.

Así, se hicieron frecuentes las visitas a la piscina del Bosque del Ariete, a diferentes horas del día pandillitas distintas la visitaban, hasta que llegó a oídos de don Guillermo el cuento, de que en su casa estaban tomando agua contaminada, debido a los bañistas que iban todos los días al estanque, por supuesto, que esa noticia lo enojó muchísimo, entonces mandó a su hijo Yoyo a vigilar todo el día, hasta acabar con la majadería de esos condenados chiquillos.

Cuentan que Yoyo dejó chingo a más de uno, porque los niños disfrutaban tanto de las frescas aguas, que no se percataban de su presencia, y él les escondía la ropa, por eso algunos de ellos llegaban a sus casas en paños menores.

Fue así como don Guillermo, logró correr a los bañistas, bajo la amenaza de que, si atrapaban a alguno, lo mandarían a la cárcel.

Aún hoy en día está el hermoso Bosque del Ariete, me imagino que la bomba hidráulica que le dio su nombre, ya no existe. Ojalá que este bello lugar, nunca sea destruido y que a menudo se reforeste con árboles y plantas oriundos de la zona.

EL BOSQUE DEL NACIMIENTO

Es otro de los lugares emblemáticos de nuestro querido distrito. Los domingos en tiempo de juventud, mis amigos y yo nos íbamos a pegar una refrescada en sus aguas cristalinas, después salíamos un buen rato al potrero de Los Mamines a disfrutar del sol de la tarde, y del bello paisaje que nos ofrecía el lugar.

El Bosque del Nacimiento se conserva todavía con su hermosa naturaleza, este lugar es de suma importancia para el cantón de Belén, ya que es una de las fuentes de agua principal, para abastecer el distrito de San Antonio.

Cuando mis hijos eran pequeños, disfrutaban de este pequeño bosque, porque los llevábamos allí a pasear, para que respiraran el aire puro.

Cabe destacar el acierto de la Municipalidad de Belén al adquirir la propiedad de Los Mamines, y hacer allí el pequeño parque, el cual embellece hoy nuestro distrito y ayuda a preservar las nacientes del Bosque del Nacimiento.

Cuidemos estos tesoros que aún tenemos en nuestra Asunción de Belén.



Espejo Asuncioneño



ESCUELA MANUEL DEL PILAR ZUMBADO

La gema preciosa que corona la cima de La Asunción, es para mí algo sagrado Esa cima comienza a los pies del Niño de Praga, en su parte más alta está el mejor y más valioso edificio del cantón de Belén: restaurado, pintado y se mantiene como si el tiempo se hubiera detenido en él. Ese bello edificio fue construido en el año 1942, por trabajadores del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, y luego fue declarado Patrimonio Cultural. Está hecho de madera y montado sobre columnas de concreto.

Nuestro tatarabuelo Manuel del Pilar Zumbado digo nuestro, porque es tatarabuelo de casi todos los vecinos de la Asunción (que llevamos ese apellido), con generosidad y gran visión en el futuro, donó el terreno, para que se construyera la escuela de este distrito.

Para mí es casi una obligación cuando paso al frente de mi escuelita, mirarla y recordar los mejores años de mi niñez, en esas aulas inolvidables.

En 1956 entré a primer grado, recuerdo que mi primo Omar que estaba en tercero, fue el que me llevó ese día a clases. Subí las gradas nervioso, con temor, era una experiencia nueva para mí y con el tiempo se transformó en felicidad. Mi aula en primer grado era la segunda al fondo entrando a la izquierda; mi maestra, la niña Edith Campos que dos meses después, la trasladaron a la Escuela España; luego vino la niña Estrella que nos dio segundo. En tercero y quinto la niña Luzmilda Villalobos, y en cuarto y sexto recibí lecciones, con Don Gustavo Villegas Alfaro, en la primera aula de la izquierda.

Don Gustavo fue un maestro enérgico, que nos impuso disciplina, valores y mucho aprendizaje, apenas iniciaba la lección, él sacaba su puntero de madera fina, con el cual imponía respeto, y le era indispensable para señalar en los murales, que colgaba en la pizarra, el tema que nos estaba

enseñando. Si alguien se distraía viendo por la ventana, se escuchaban tres punterazos en el pupitre y la advertencia: - ¡Señor, si le interesa más lo que sucede afuera, se sale de la clase! Eso era suficiente para que el alumno (a) se concentrara, pusiera atención y no solo él sino todo el grupo.

Recuerdo con mucho cariño y agradecimiento a todas las maestras, quienes hicieron posible que pudiera escribir estos relatos sobre todo a la niña Luzmilda, y a Don Gustavo.

También recuerdo con gran afecto a otras maestras, que nunca me dieron clases; pero que siempre estuvieron allí haciendo grande nuestra Escuela: Las niñas Margarita (Niña Magui), Eva, Luz marina, Carmen, maestra de religión y Virginia, de costura. También guardo memoria y mucha gratitud, a la niña Margarita la portera, persona llena de bondad, que limpiaba pisos, nos daba la merienda y tocaba la campana para anunciar la entrada y salida de clases y recreos.

En la mañana, oíamos el toque de entrada y antes de iniciar las lecciones, íbamos en fila al patio; en posición de firmes cantábamos el Himno Nacional, después hacíamos ejercicios respiratorios.

En los recreos, aunque era prohibido jugar debajo del piso, de vez en cuando muchos niños nos escapábamos y nos metíamos allí; eso era toda una aventura buscar chanchitos, en la tierra seca debajo del piso. Afuera jugábamos quedó, trompos o bolillas. ¡Qué hermosos días escolares!

La Escuela Manuel del Pilar sigue en pie, erguida, altiva; hoy alberga a los niños del Kinder y continúa con la misión de educar e infundir conocimiento a los niños de La Asunción y alrededores.

A MI BELLO PUEBLO

Cuando en esa linda juventud todo era inspiración, serenatas, música; una tarde de verano me quedé pensando en lo bonito que es mi pueblo, entonces tomé el cuaderno, un bolígrafo y escribí este humilde homenaje; aunque hace muchos años que no vivo allá, ese sigue siendo mi pueblo preferido, ahí están los mejores recuerdos de mis padres, mi niñez, juventud, familiares, amigos, aventuras. Todas mis vivencias son de ese pueblo querido, por eso guardé este escrito en un baúl hace tiempos, ahora lo encontré y quiero compartirlo con usted.

Es mi pueblo muy bonito
se llama La Asunción.
¡Te canto pueblito mío
te llevo en el corazón!
En tus terrenos se siembra
con mucha dedicación,
y las industrias no faltan
en mi querida Asunción.
Son tus mujeres muy lindas
chicas de gran corazón.
Ellas son las bellas flores
del jardín de La Asunción.
Los hombres son luchadores
de trabajo y mucha acción.
Ellos forjan el futuro
de mi hermosa Asunción.
En la cima de mi pueblo
lo que me causa emoción
es la perlita preciosa,
la Escuela de La Asunción

¡Qué lindo es mi pueblo!
¡Qué bella La Asunción!
La llevaré siempre
Muy dentro del corazón.

CAMPEONATO DE BARRIOS

Recordando lindas actividades que se han realizado en nuestro querido distrito, llegan a mi mente aquellos emocionantes campeonatos de barrios, que se realizaban días antes del 15 de agosto, fecha en la cual se celebra el día de La Asunción de la Santísima Virgen María, nuestra Patrona.

Tal vez muchos se acuerdan de las antiguas canchas de baloncesto, que se ubicaban en donde hoy es la cocina y el patio de la Escuela Manuel del Pilar Zumbado. En esas canchas los jóvenes realizaban campeonatos de fútbol sala, los cuales eran apoyados por toda la comunidad. Con el paso del tiempo, la institución escolar se vio obligada a construir más aulas, el comedor y la cocina, para el bienestar de la población estudiantil, por ese motivo eliminó las canchas, que la juventud de aquella época tanto disfrutó. Luego el pueblo sintió la necesidad de proporcionar a los jóvenes una distracción sana.

Durante los años ochenta y cinco hasta el noventa, en días cercanos a la fecha de la celebración de nuestra Patrona, el subcomité de deportes asuncioneño, integrado por los señores: Juan Rafael Zumbado ("Fello"), Guillermo Alfaro "Chicharra" (dDg), Elías Villegas (dDg), José Francisco Garro, y Fernando Villegas, se reunía con los miembros de la comisión de las fiestas, para planear las actividades de dicha celebración. En una de esas reuniones alguno de ellos propuso el genial proyecto: - Compañeros, ¿qué les parece si organizamos un campeonato de barrios, donde todos los

muchachos del distrito puedan participar? La propuesta fue bien vista, aunque no faltó alguien que le pusiera trabas; sin embargo, se fueron aclarando en el transcurso de la sesión y luego quedó en firme. Rápidamente se le informó a la comunidad, que la recibió con mucho agrado. La noticia corrió como pólvora, casi de inmediato se organizaron las barriadas, buscaron: porteros, defensas, volantes, delanteros. ¡Ah, un buen técnico que se echara el equipo al hombro!

De norte a sur, de este a oeste todos corrían en La Asunción, porque había que buscar: uniformes, tacos y todo lo necesario para llevar un equipazo que representara el barrio. Era también muy importante ponerle nombre al equipo para inscribirlo. Entonces surgieron nombres extraños, simpáticos y chistosos, gracias al ingenio y picardía de mi querida gente, esto hacía más interesante el campeonato que se avecinaba. Se escuchaban veguitazos por cualquier lado, había mucha alegría y aparecieron nombres pintorescos que llamaron la atención de los vecinos: El Chompipe FC., Club Deportivo Sapo Triste, Club Sport Kaka e Chanco, Los Tilianos FC., Deportivo Marizumba, Club sport El Norte, El Túnel del tiempo FC., Las Lajas y La Gruta Fútbol Club. Todo estaba organizado, y dio comienzo el tan esperado acontecimiento; se inauguró el campeonato y comenzaron las competencias, conforme pasaban los días la emoción subía; la plaza se llenaba de aficionados por los cuatro costados. El campeonato continuaba, a cómo iban pasando fechas, las emociones aumentaban; se fueron eliminando los equipos hasta llegar a la gran final, prevista para el día catorce de agosto vísperas de la celebración. Aficionados de todo el cantón se presentaron a la gran final; la plaza de deportes estaba a reventar; la emoción crecía a cada segundo y llegó el momento esperado; los dos equipos finalistas se hicieron presentes, saludaron a toda la afición: el Club Sport El Norte versus El Túnel del Tiempo FC. El árbitro dio el pitazo inicial. Los contendientes daban todo lo

mejor en la cancha, tenían que darlo todo; el partido estaba reñidísimo, el primer tiempo terminó con un empate a cero goles. Las emociones se desbordaban: gritos, silbidos y algarabía. Unos apoyaban a su equipo, otros chiflaban al equipo contrario. Alguien gritaba ¡lssssschsss! Qué equipazo tenemos ¡Viva El Túnel! Por allá contestaban otros ¡Viva El Norte! Y las barras apoyaban cada grito. El tiempo transcurría, se mantenía el empate hasta que después de una jugada por el extremo izquierdo, un centro, un cabezazo y ¡gooooo! ¡Gooooo! ¡Golazo! ¡Golazo! Del Túnel del tiempo; la emoción se vivió al máximo, se vislumbraba el campeón, que al final del partido alzó la primera copa del Campeonato de Barrios.

Durante algunos años más se siguió realizando ese lindo evento a tal grado, que llegó a ser famoso a nivel de la provincia de Heredia, debido a que una muy conocida radio emisora, le daba seguimiento y transmitía en directo las finales de cada año, lo que le dio más importancia y atractivo a este genial suceso. Ojalá el campeonato volviera a realizarse como en aquellos años, para llevar alegría, esparcimiento y felicidad a todos los vecinos de mi querido Distrito.

En este relato conté con la colaboración de mi hermano José Francisco Garro Zumbado.

PLAZA DE DEPORTES I

Tenía yo, tal vez unos diez años, o menos, cuando se corrió la noticia de que se construiría una plaza de Deportes en La Asunción de Belén.

Según me contó un familiar muy allegado, parte del terreno donde hoy está la plaza perteneció a mi abuelo materno Alejandro Zumbado Aguilar, quien una tarde estaba picando leña para encender el fogón, y al tirar con fuerza el hacha sobre el tronco de café, una astilla saltó y se le incrustó en el ojo derecho. Al ver la emergencia sus hijos acordaron

vender esa propiedad para pagar la operación quirúrgica y poder comprarle un ojo de vidrio; nunca supe quién compró el terreno, para hacer ahí la hermosa plaza de deportes.

La noticia de la construcción de la plaza se esparció en muy poco tiempo, todos hablaban de eso; los niños y jóvenes nos entusiasmos muchísimo; soñábamos con mejengas, goles y equipos de fútbol.

El día que se inició la construcción fue muy difícil, porque en los costados sur y oeste del terreno había una pendiente muy pronunciada, mientras al costado este, un gran paredón.

Entre la maquinaria que llegó había una gran niveladora, que empezó a hacer taludes en el costado sur y oeste. Recuerdo que mis padres, no nos dejaban ir a ver los trabajos, teníamos que mirarlos de lejos, por la salida de La callecilla, hoy calle Linda Vista.

La niveladora a veces daba la impresión de que se iba a volcar, por lo pronunciado del terreno, después de un tiempo muy largo para nosotros, los taludes estaban listos, luego continuó el trabajo en los paredones del sector este. Nuestras emociones se desbordaron cuando finalizó la nivelación de lo que sería la cancha, aquel terreno parecía una mesa. Apelmazaron bien la tierra, y los encargados convocaron a los vecinos, para que participaran en la siembra del césped. Junto a los camiones cargados de zacate en pescullones, había chiquillos, por supuesto, mis hermanos y yo estábamos allí, con los jóvenes y adultos en aquella labor de terminar en cuanto antes, la enzacatada. El trabajo se terminó rápidamente y todos queríamos estrenar la cancha; pero nadie podía hacerlo, hasta que el zacate estuviera bien pegado. Semanas después los peones llegaron, rulas número veintiocho en mano, con buenas limas y comenzaron la dura tarea de podar el césped; luego de varios días aquella plaza daba gusto, porque se veía bien pareja y despedía un delicioso olor a zacate cortado.

Cuando dieron la orden, de que ya se podía jugar en la plaza, se desató una fiebre colectiva de fútbol, la alegría invadió la comunidad. En vacaciones escolares, nosotros nos levantábamos y nos íbamos a la plaza con una bola de hule crudo, y la mejenga se armaba toda la mañana, sólo que a veces llegaban los grandes, y nos hacían sacados; otras veces alguno le metía un puntazo a la bola de hule, y la uña larga del dedo gordo la estallaba. Hasta ahí llegaba la mejenga.

En esa época, la mayoría de jóvenes jugaban descalzos, no sólo con bolas de hule sino también con balones de cuero puro, que olían a zapato y los llamaban balones de coyunda; tenían un neumático, que al introducirlo dejaba una abertura, la cual se cerraba con un cordón del mismo material que la bola, y se amarraba como un zapato.

Una vez un mejenguero de aquellos años estaba entusiasmado en el partido de la tarde, tenía la uña del dedo gordo muy larga y en una jugada frente al marco norte, quedó sólo frente al portero, le mandó tremendo puntazo al balón, con tan mala suerte, que le dio a la coyunda y ésta se le metió en la uña. El balón le quedó pegado en el dedo. Luego tuvieron que sacarle la uña porque la bola se la hizo levantada.

Tiempo después se organizó el primer equipo de fútbol, nada más y nada menos que El Sindical FC. integrado por jugadores como Juan Ramón Rodríguez en la portería, y otros como Pedrito Segura, Jorge González, Carlos González, Federico Alvarado, Francisco Alvarado (Palomo), Víctor Rodríguez, Chepe Zumbado y otros más.

Al oír la fama del Sindical FC vinieron los retos, el poderoso Belén Junior mandó reto y fue aceptado. La plaza se abarrotó de aficionados de San Antonio y La Asunción. Los partidos se repitieron muchísimas veces con equipos de acá y de otros lugares.

En una ocasión recuerdo que jugaba el Belén Junior con La Asunción FC, la plaza estaba a reventar, un aficionado traía binoculares, mi primo se los pidió prestados y en ese momento la jugada se vino por el extremo sur, mi primo emocionado vio la jugada, el defensa se barre, el balón prensado sale disparado de frente hacia los binóculos, el golpe fue tan duro que lo hizo sentado, durante varios días el pobre parecía que andaba con antifaz negro; los aros le quedaron marcados alrededor de los ojos.

Hubo también otros buenos equipos Asunción FC. con jugadores como Hermes Sánchez, José Francisco Garro, Milton Segura (Pollo), Chepón, otros tantos y tan buenos que es difícil mencionar el nombre de todos. El fútbol le dio un nuevo sentido a nuestro distrito, venían buses con gente de otros pueblos y los domingos de fútbol eran casi una fiesta para la afición.

PLAZA DE DEPORTES II

La plaza en aquellos días no tenía malla, las bolas caían en los cafetales. Tampoco había casas alrededor del campo, sólo estaba la de don Luis Carmona, donde muchas veces caía el balón y había que ir al patio de atrás de la casa a recogerlo, lo mismo sucedía durante un partido en el marco Norte, la bola se extraviaba y la encontraban en la casa de Don Pedro Segura. De esa manera se perdía mucho tiempo en los partidos, entonces alguien ideó una buena solución, poner junta de bolas especialmente, cuando venían equipos de visita, unos se ubicaban en la calle del costado sur, otros al costado norte y otros al costado oeste, mínimo don chiquillos. Al este no precisaba, porque los bolazos pegaban en el paredón. La solución dio buen resultado, porque muchos niños se ofrecían a juntarlas; aunque no pudieran disfrutar el partido, porque para ellos era un privilegio, una dicha buscar los balones.

Luego pusieron mallas alrededor y a los marcos, otras más altas. Ya no era necesario tener junta de bolas. Más

tarde, sembraron higueros al costado sur, que daban una sombra deliciosa; construyeron aceras, banquetas para disfrutar los partidos; utilizaron la cortadora de césped y ahí está la plaza de los grandes; sin embargo, en ella no todo era comodidad y alegría, porque aquellos jugadores usaban tacos de cuero, duros, pesados; los taquillos también eran de cuero, clavados y cuando se gastaban se salían los clavos. Si un jugador golpeaba a otro con ese tipo de tacos, en cualquier parte del cuerpo era peligroso. Me acuerdo haber visto más de una vez, a algún pobre jugador casi llorando, después de haber recibido una patada en la espinilla, con la piel arrollada, lleno de sangre. A pesar de eso, el campo de deportes siguió siendo un lugar especial, para aquellos jugadores y también para nuestras familias, que en época de Navidad o en tardes de verano llevábamos a nuestros niños, y disfrutábamos debajo de los frondosos árboles de higuero extranjero, mientras tanto ellos jugaban con los regalos, que recién habían recibido en Noche Buena: balones de todos colores, triciclos, bicicletas y muñecas, entonces la plaza se desbordaba de vida y felicidad.

Esa plaza de Deportes de La Asunción es un lugar de luchas deportivas, acogedor. No sé ahora, si hay un equipo de fútbol en el distrito; pero si no hubiera, ojalá sus vecinos se organicen y formen un equipazo, porque hay juventud, jugadores y jugadoras para hacer nuevos equipos de fútbol Asunción FC femenino o masculino.

EL APELLIDO ZUMBADO

Esta reseña es dedicada en especial a las familias Zumbado de La Asunción, ya que la mayoría de ellas llevan este apellido; también a todos los Zumbado de Belén y de otros lugares.

En Las Islas Canarias, islas de los rayos de oro, supuestamente fue donde se originó el apellido Zumbado; aunque no hay ningún documento que lo testifique.

Ahí en una de esas paradisíacas islas vivió Juan José, quien desde pequeño demostró ser un niño travieso, atarantado, y un poco loco. Debido a su forma de comportarse los vecinos, amigos y familiares, lo empezaron a llamar “Zumbado” porque en España a las personas con esas características, les llaman de esa manera.

Al tiempo Juan José se transformó en un apuesto joven amable y servicial. A veces alguien requería su ayuda y le decía - Venid Zumbado os necesito para que me hagáis un trabajo.

- Para mí es un placer servirlos - Contestaba.

Muchas personas al verlo pasar le decían - Dios te lleve con bien Zumbado ¡Cuidaos! Él se acostumbró tanto a su apodo, que un día lo tomó como su apellido y se dijo - A partir de hoy mi nombre será Juan José Zumbado.

Un día el amor tocó a la puerta del joven, una Canarita bella como la isla le robó su amor, al poco tiempo el romance los llevó al altar, y la unión floreció con la venida al mundo de su primer hijo.

- Le pondremos por nombre Juan de la Cruz ¿Estáis de acuerdo mi bella? Preguntó Juan José. Ella respondió - Me parece un lindo nombre para nuestro príncipe, ya sabéis que estoy de acuerdo.

Años después llegó su segundo hijo - Mi amor ahora os toca escoger el nombre de este nuevo Chaval.

- ¿Qué os parece, si le ponemos José Manuel de la Cruz?
- Dijo ella. - Que sea vuestra voluntad - Contestó él. Ella afirmó - A mí me parece un lindo nombre.

Corrieron los años, Juan de la Cruz desde muy joven se interesó por la vocación sacerdotal, ilusión que coronó años más tarde, cuando se consagró. Por su parte José Manuel de la Cruz, después de sus estudios trabajó con su padre en labores agrícolas.

En el año 1727 el cura Juan de la Cruz es elegido para evangelizar las nuevas tierras en la Villa de Cartago. Como los dos hermanos se llevaban muy bien, José Manuel de la Cruz dijo – Juan, si estáis de acuerdo yo os acompañaré en ese lejano viaje - Claro que sí hermano, estoy acuerdo, para mí seréis un gran apoyo.

Sus padres sufrieron mucho; pero al fin aceptaron la idea de que sus hijos se vinieran a las nuevas tierras. Luego de un viaje agotador en ese mismo año, los hermanos Zumbado llegaron a Cartago. Juan de la Cruz se destacó como un sacerdote estricto y muy responsable.

En el año 1734, La Villa de Cubujuquí hoy Heredia erigió una ermita, los vecinos conociendo la fama del sacerdote Juan de la Cruz Zumbado, solicitaron en una carta al obispo de la diócesis de Nicaragua, que nombrara al padre Zumbado, como primer cura párroco de Cubujuquí.

El sacerdote fue nombrado; aunque debido a su carácter incorruptible tuvo muchos problemas con otros clérigos de las distintas parroquias, quienes lo trataron de sobornar; pero él nunca se dejó corromper.

Mientras eso sucedía en Cubujuquí, allá en Cartago José Manuel de la Cruz encontró el amor de su vida, una bella damita de linaje español llamada Catalina Escalante y

Paniagua. Ellos contrajeron matrimonio, luego emigraron a Cubujuquí, donde residieron en compañía de su hermano Pbro. Juan de la Cruz Zumbado. Del matrimonio antes mencionado nacieron dos hijos varones, es probable que hubiera más, pero no hay datos. De los hijos del hogar Zumbado Escalante fue que empezó a extenderse la familia Zumbado en Costa Rica. Algunos descendientes que residían en Cubujuquí, se trasladaron a Belén, que en esa época no era cantón sino un trillo, en cuyas orillas había unas cuantas casas dispersas, el caserío se llamaba Potrerillos. Luego se transformó propiamente en La Asunción, donde se multiplicaron los Zumbado. Aquí en este pueblo es donde hay más personas, que llevan el apellido de primero o de segundo; también hay una rama en Desamparados de Alajuela.

Como dato curioso en España los Zumbado no llegan ni a cien personas, mientras en Costa Rica 5415 personas lo llevan de primer apellido y 5390 lo llevamos de segundo.

Esta es parte de la historia del apellido Zumbado, que después de ser un apodo se convirtió en apellido, hoy para nosotros es un orgullo pertenecer a esta gran familia.

Datos y fechas tomados del programa LINARES, Informe Once, Las historias, Wikipedia.

LA NEGRA

En el Bajo de La Gruta vivía La Negra, en la casa del finado Alfonso Aguilar. Su nombre casi nadie lo sabía, hasta hace poco tiempo, me di cuenta de que se llamaba Ernestina. La Negra era una persona bondadosa, amable, se veía muy seria, pero era una señora simpática y de buen humor. Su cabello siempre lo andaba recogido en una especie de cola, vestía delantal de mezclilla y andaba descalza.

Ella siempre fue la guardiana de la gruta, su preocupación era mantener limpio y hermoso el lugar; cuidaba las plantas, los árboles que lo rodeaban y evitaba que le causaran daño.

Recuerdo en mi niñez que mis hermanos y yo nos íbamos a bañar en las cristalinas aguas del riachuelo, que nace detrás de la gruta. Poníamos siempre a alguien que vigilara, por si acaso venía doña Ernestina, porque a ella le molestaba que hiciéramos presas en la naciente o que arrancáramos matas o ramas. Los potreros de La Negra eran como propiedad nuestra, ahí andábamos felices, ningún miembro de esa estimada familia nos molestó nunca, ni nos sacó del potrero, por eso agradecí la paciencia, que tuvieron en nuestra niñez.

La Negra de por vida fue liberacionista, recuerdo que cuando yo trabajaba en la cooperativa, por los años setenta siendo presidente Don Pepe, subió el precio del huevo, en ese tiempo no se vendía por kilo sino por docena, y cada una de ellas costaba veinticinco céntimos más.

La Negra llegaba siempre muy temprano a hacer los mandados, ese día me saludó y dijo - Carlitos, me das una docena de huevo. Le contesté - Sí claro, Negra, con mucho gusto, nada más quiero decirle, que el huevo subió una peseta más por docena.

La Señora de la Gruta se quedó pensativa y mirándome un poco enojada exclamó - ¡No jodás! ¿De veras?

- ¡Diay sí! Y entonces añadió en tono jocoso, con una risita que dejaba ver el dientillo del frente - Bueno, ¿qué vamos hacer? A ese viejo güevón ahorita le llegan los güevos hasta el pescuezo; pero yo lo quiero mucho, aunque tenga los güevos tan caros. ¡Dame la docena! La negra era jocosa, sonriente y querida, por todos los vecinos de La Asunción.

Hoy desde lo alto mira complacida, cómo su querida gruta se mantiene siempre limpia, hermosa. Solamente le entristece, que su adorada cepa de cañas de Bambú amarillo fuera destruida, por el vandalismo de unos pocos.

A doña Ernestina la recuerdo siempre por su amabilidad, simpatía y buen corazón; esa era La Señora de La Gruta, la que todos conocimos como La Negra de La Asunción.

BLANDOHA LA VESRE

Quiero compartir con usted una manera muy propia de comunicarnos en La Asunción de Belén; en nuestro distrito muchos hablamos al vesre.

Con el paso del tiempo esta forma de hablar se ha ido perdiendo, las nuevas generaciones no la practican. ¡Es una lástima! Ya que junto a la expresión ¡lsssch! es un rasgo que nos identifica como vecinos de La Asunción de Belén.

Esta manera de entenderse de los asuncioneños se remonta a la época de mil novecientos treinta, al cuarenta, cuando mi padre Carlos Miguel Garro Benavides era un joven, quien se iba con sus amigos Arnulfo Zumbado y Tuco Villegas, al Barreal, a San Antonio o al teatro (hoy cine) a Heredia a sus andanzas de juventud. Según me relataba papá, un día se le ocurrió decir a sus amigos, yoh mosva a diashere. Ellos extrañados le preguntaron - ¿Qué dijiste Garro? Mi papá respondió - Que si hoy vamos a Heredia. Entonces les gustó tanto esa manera de expresarse, que empezaron a practicarla. Así se fueron haciendo expertos en ese campo. Papá decía que más que nada, lo hacían para impresionar

a las muchachas y para sentirse importantes, ante los demás, pues es posible que creyeran, que ellos hablaban otro idioma.

El tiempo pasó, mamá y papá se casaron, me acuerdo de chiquillo que muchas veces los escuchaba conversando, un día le pregunté a papá - ¿Qué es lo que usted dice que no entiendo nada? Entonces me explicó, que él estaba hablando el mismo idioma que usaban en el barrio, sólo que lo pronunciaba al revés y me dio ejemplos: - Para decir casa, diga sasca, para decir pulpería diga riaspulpe o riaspul, es necesario que le agregue una ese o una ere más a la palabra, para que sea más difícil entenderla. Si va a pronunciar una palabra de muchas sílabas, tiene que dividirla en dos o tres partes, pronunciando siempre en primer lugar, las últimas sílabas, por ejemplo: para decir al revés la palabra tradicional, diríamos cionaldistra o si se quiere más fácil cionaltrasdi, ahí está una ese que en la palabra original no existe, pero se le agrega para que al que no sabe el secreto, le cueste más entenderla.

Mis hermanas, mis hermanos y yo aprendimos muy bien de nuestro profesor, y en el trabajo, cada uno hablaba de esa forma, primero en el campo luego en los negocios, casi sin quererlo fuimos extendiendo en el barrio esa forma cotidiana de comunicarnos, después la aprendieron mis primas y primos, también muchos otros fueron haciéndola suya. Cuando yo trabajé por varios años en La Ribera de Belén en una industria avícola, allí muchos compañeros de trabajo aprendieron palabras que pronunciaban al revés, lo mismo sucedió en San Pedro de Montes de Oca, donde algunos amigos y compañeros se interesaban por esa forma de expresarse.

Mamá nos hablaba al vesre, en varias ocasiones decía a alguno de mis hermanos (as) o a mí: - Yanva a la riaspul, premescom, chichonsal, tescaman y ferca; nosotros ya sabíamos qué era lo que teníamos que comprar.

Cuando hablamos repetidas veces de esta forma, es fácil entendernos, porque todo en la vida es práctica, también es posible cantar al revés.

Aquí en mi casa mis hijos no se han preocupado por aprender, cuando les digo algo al vesre se quedan patinando no entienden, en cambio con mi esposa sí hablo muchas cosas. Ella aprendió a hablar muy bien conmigo, porque desde que éramos novios lo practicábamos.

Una vez tuve un abastecedor al frente de la plaza de deportes en La Asunción, mis hermanos Martín y Edgardo me ayudaban a atenderlo, allí se extendió mucho más esa manera bonita, amena y particular de hablar en mi querido distrito, porque a los amigos que llegaban a comprar algo, les gustaba hablar al vesre de tal modo, que también se hicieron expertos.

“Sia que ymu cidoagrade rop us postiem raspa erle sim latosre

¡ISSSCH, PURA ASUNCIÓN!

Hace bastantes años trabajé en una empresa avícola, la planta de proceso estaba ubicada en el Barrio La Chácara, todos los días al ser las cinco de la mañana, ya iba rumbo a mi trabajo. Los compañeros y compañeras eran de La Ribera, entre ellos había uno que cada vez que me saludaba, lo hacía de la misma forma: - Ya llegó ¡lsssch, pura Asunción! Al principio a mí me molestaba; pero con el tiempo yo lo tomé como dicen por el lado bueno, y después fui acostumbrándome a tan amable saludo.

Esta expresión oral es propia de La Asunción, para todos los asuncioneños debe ser motivo de orgullo, ya que no se originó en otro lugar de Costa Rica ni del mundo, fue en este distrito donde nació. Todos los pueblos tienen algo que los identifica, por ejemplo: Sarchí, se identifica por las artesanías en maderas, Zarcero, por su bello parque, Barba,

por sus mascaradas, Belén, por el Balneario Ojo de Agua, nuestro querido distrito por la expresión ¡lsssch!

¿Quién la inventaría? Es difícil saber, ya que se usa hace muchísimos años. Recuerdo que en mi juventud iba con los amigos a un salón de Pool, que instalaron en la casa de Juan Murillo, ahí en ese lugar se oía mucho esa expresión. Cuando alguien fallaba una jugada, alguno de los Panchos Chino o Alexis decían - lsssch ¡Qué cosa, Tricopilia! Tricopilia era el campeón nacional de pool. Otro comentaba - Garro y Los Atrevidos van de serenata, al instante se oía una voz - ¡lsssch! Seguro van Los Churumbeles de España. Si pasaba frente al pool un hombre de pelo largo decían - ¡lsssch! ¿Quién será ese melenudo?

La expresión ¡lsssch! Se utiliza para manifestar burla, crítica, emoción, alegría, tristeza. ¡lsssch, qué paisaje más bello! ¡lsssch, qué canción más linda! ¡lsssch, tan bueno que era! Cuando jóvenes decíamos - ¡lsssch! ¡Mae, qué chiquita más guapa! ¡lsssch! ¡Qué tarde salimos hoy del trabajo! ¡lsssch, qué películón!

Me imagino que a ningún residente de La Asunción le molesta que lo identifiquen como del distrito de la ¡lsssch!, pues es nuestra expresión típica, nuestro sello personal.

La expresión ¡lsssch! viene del tiempo de nuestros ancestros, la usaron nuestros papás, abuelos y bisabuelos. Ojalá, que los jóvenes de las nuevas generaciones se preocupen por mantener vivas nuestras tradiciones, que esa expresión que nos representa, nunca llegue a desaparecer.

Espero que nadie diga ¡lsssch! Calen más Veguita o ¡lsssch! ¡Qué veguitazo! Ja, ja, ja y si alguno lo dice, excelente es nuestra tradición.

LAS VICENTINAS

Cada diecisiete de setiembre, Día de San Vicente de Paul vienen a mi memoria lindos recuerdos, porque mi mamá en lejanos tiempos nos mandaba a la fiesta, que hacían las damas vicentinas en honor al santo. La celebración consistía en un almuerzo delicioso, que ellas preparaban para los niños del distrito. Allí me encontraba con Omar y todos los demás primos: los de mi tío Luis, tío Rito y tío Pilo. Recuerdo que pasábamos momentos muy felices; compartíamos con otros niños y al final de la fiesta, Las Vicentinas nos daban un corte, para llevarle a cada una de las mamás.

La Cofradía de San Vicente de Paúl se fundó entre los años 1945 – 1947, su objetivo principal está basado en el amor al prójimo. En sus inicios fue integrada solamente por varones, entre ellos: don Manuel Fuentes Chaverri (Lico) y sus hermanos don Elisandro, don Fernando y don José (Pepe). También formaban parte de la cofradía, Don Marcial González González, su hermano don Federico (Fico), su hijo don Camilo González Alfaro, Don Pepe Zumbado y algunos vecinos de la Calle Potrerillos; el coordinador a nivel de provincias era el Padre Núñez. En ese tiempo la cofradía no tenía fondos, y don Camilo que era el más pequeño de los miembros, se encargaba de pedir una ayuda a los vecinos; había gente muy generosa como don Fico, que daba siempre una contribución de dos colones. La cofradía tampoco tenía un lugar para reunirse, por ese motivo lo hacían los domingos, en la Escuela Manuel del Pilar. Más tarde, don Abelino Murillo Zumbado cedió un terreno, para la construcción de lo que se conoce con el nombre de El Sindicato, todos los miembros de la cofradía participaron en la obra. Tiempo después, por diferentes razones la cofradía fue decayendo. Algunas mujeres quisieron formar parte de ella, para que no desapareciera; así se convirtió en una cofradía mixta, cuyo propósito es servir y ayudar a los más pobres, bajo el lema de su fundador San Vicente de Paúl:

“Servir al pobre es servir a Jesucristo”. Pasados los años los hombres se apartaron y las mujeres tomaron la rienda. Las primeras pioneras en esta gran labor fueron: Clara Zumbado Zumbado, Elisa Zumbado Murillo, Marta Alfaro Rodríguez, Lucía Rodríguez Murillo y Vitalina Zumbado González. Actualmente, el grupo se conoce como La Asociación Hermanas Vicentinas de La Asunción (las Vicentinas) y desde hace poco también se están incorporando hombres, por lo cual habrá que agregar al nombre de la asociación, a los caballeros vicentinos.

La obra social que esta institución ha realizado durante largos años, sigue siendo de gran beneficio para las familias más necesitadas del distrito, cada vez que en ellas se presenta una necesidad, las (os) Vicentinas (os) acuden de inmediato a llevar alivio y solución a los casos más urgentes con el lema: “Manos que dan, nunca están vacías”.

Cada quincena La Asociación se reúne para ver casos pendientes, planear nuevos proyectos y agradecerle a Dios, la oportunidad de mantener viva la llama de la fe y la esperanza, para seguir en esa noble vocación de tender la mano al más necesitado.

La comunidad de La Asunción también sigue en pie de lucha, apoyando las llamadas de las (os) Vicentinas (os) cuando planean actividades y piden ayuda, o recolectan víveres, para el bienestar de las familias del distrito. Creo que llena de satisfacción ver caras felices, después de cubrir la necesidad de alguien, que tiene no sólo carencia material sino de apoyo, y palabras de aliento.

El Señor envíe bendiciones a todos los que integran esta noble institución. Dios primero tengamos hermanas y hermanos vicentinos en las futuras generaciones, para que continúen las buenas obras. Que Dios los bendiga y le dé fuerza, salud y buena voluntad para tan nobles acciones y valiosos propósitos.

COCINERAS Y COMIDAS

La Asunción es un distrito que atrae a las personas que viven no sólo en el cantón de Belén, sino fuera de él. Lo que más gusta de este pueblo son las deliciosas comidas tradicionales, que preparan las cocineras asuncioneñas, para las fiestas en honor a nuestra patroncita La Virgen de La Asunción.

En varias ocasiones muchos compañeros, amigos y conocidos me preguntaban, si había turno en La Asunción para el 15 de agosto Yo contestaba afirmativamente. Ellos decían - ¡Qué dicha! Un poco intrigado les preguntaba - ¿Por qué? ¿cuál es el motivo? – A nosotros nos gusta ir a almorzar - Decían. Entonces yo los invitaba - Vayan de verdad a divertirse.

-Por supuesto, vamos a ir es que en La Asunción las señoras cocinan riquísimo – Contestaba el amigo - ahí se hacen unos tamales, que son una delicia, el arroz con pollo ni qué hablar; el pozol mmm, el lomo relleno es un manjar, los gallos de picadillo de papa con una taza café; uno no quiere parar de comer. - Yo voy a ir con la doña y los chiquillos – decía otro - A mí también me encanta comprar esas delicias para disfrutarlas en la casa

Al escucharlos recordé la conversación que tuve con una señora, que colaboraba en la cocina en esas actividades del quince de agosto. Yo le comenté - Ustedes tienen fama de buenas cocineras, la gente viene a los turnos a degustar las deliciosas comidas. Ella me contestó sonriendo - Bueno es que nosotras tratamos de que la comida quede lo mejor posible - ¡Mmmm, pero son una delicia! - Le dije - Me imagino que tienen que hacer bastante para que les rinda.

-Sí Carlitos, nos preparamos con tiempo, y calculamos por ejemplo, los tamales, por más cantidad que hagamos, nunca se ha quedado ni una sola piña, lo mismo pasa con el

arroz con pollo, el picadillo, el Pozol, todo se vende rápido, hasta el arroz con leche.

- De seguro la Virgencita les ayuda a vender todo.

-Bueno puede ser, pero también influye el sabor de los platillos, que tanto gusta a los visitantes.

- ¿Será que ustedes tienen un ingrediente secreto? - Le pregunté - Bueno lo que hacemos es cocinar con leña, calcular muy bien los olores y condimentos, vigilar el tiempo de cocción, y lo principal es hacer las comidas con mucho amor. - Bueno, ahora ya entiendo, cuando las cosas se hacen con amor todo sale bien, por eso tienen ustedes tanta fama.

Me despedí de la señora y pensé - Ojalá, que en este distrito se conserven las tradiciones; que la buena voluntad que tienen tanto hombres como mujeres de cooperar en la comunidad nunca se termine, y sobre todo que las recetas caseras sigan pasando de madres a hijas como hace tiempo sucede, para que la fama que tienen nuestras cocineras asuncioneñas, pasen de una generación a otra.

Mi reconocimiento a estas grandes cocineras que cuando las han necesitado están siempre presentes y dispuestas a hacer manjares para deleite de todos.

¡Felicitaciones, bien ganada la fama!



Iluminación



MI MAYOR AGRADECIMIENTO

Un treinta y uno de octubre salí del trabajo a las 2pm, el día siguiente era libre, por lo cual mi mente alcohólica hizo números, y empecé a echarme unos tragos de camino, a sabiendas de que encima de la refrigeradora, tenía una botella de licor color oscuro y de sabor horrible.

Llegué a casa, comí y me quedé viendo tele con mi esposa y mis hijos. De vez en cuando le pegaba un chupetazo a la botella de ron, aun así, todo estaba tranquilo. ¡Pero el diablo nunca duerme! Disfrutábamos del programa, de pronto oí el grito - ¡Garrooo! Vengo a invitarte, hoy es día de esa carajada de Halloween, vayamos con los chiquillos y la doña, a que les den confites.

- ¡Ah sí qué bonito! - Contesté - Voy a decirle a la doña. Hablé con ella y no le hizo nada de gracia.

- Si quiere vaya usted yo no ¡Qué pereza! – Dijo.

Tanto le rogué que al final la convencí, además iba la vecina de al lado con sus hijas. A pesar de que estábamos en octubre la tarde era bonita, averanada: los niños iban disfrutando. En algunas casas y negocios les regalaban confites; cruzamos El Futuro, seguimos por dentro y llegamos a San Rafael, en el centro del lugar se acercó el vecino y me dijo - ¡Diay Garro! Creí que ibas a pasar a la cantina a meterte un trago.

- ¡Ah no! Ahí en la casa me tomé unos traguillos antes de salir.

- Guevón no vez que así tengo yo el pretexto de ir a buscarte y echarme un trago, es que a mi doña no le cuadra que tome, cuando salgo con ella y estoy deseando un trago.

- Pero aquí yo no conozco ninguna cantina, casi nunca he venido a Sanra.

- Ahora yo te digo donde hay una.

- Bueno está bien - Contesté. Luego se acercó y me dijo casi al oído.

- Esa es una cantina. - ¿Tan horrible? - ¡Sí, es una chichera, andá!

- Negra ya vengo, le dije a mi esposa.

- ¡Qué raro! ya me lo imaginaba! - Contestó.

Entré, el mostrador estaba deteriorado, sin pintar, detrás de él una señora me preguntó ¿Qué va a tomar?

-Una copa llena de guaro. - Contesté.

Cogió la copa del mostrador y la llenó, tuve ganas de decirle – Señora, lave la copa, pero me aguanté después pensé - El guaro mata bacterias y virus. Me tomé el trago, pagué y salí al corredorcillo a ver si veía a mi esposa y a mis hijos. Seguro se fueron hasta la plaza – Me dije - Voy a esperar que suban, estuve allí unos minutos mirando hacia la calle, cuando sentí unas palmadas en mi espalda. - ¡Claro, yo sabía que era Garrito! El compañero que tuve cuando trabajé en la Scott Paper.

- ¡Campeón! ¡Qué gusto verte! – Contesté.

- ¿Y ese milagro, vos por aquí? – Pues así es - le contesté – y le comenté el motivo del porqué estaba allí.

- Bueno, pero vamos a tirarnos un trago – Invitó Campeón.

- ¡Ah no jodás! Es capaz de que pase la familia y no la vea.

- ¡Cómo se te ocurre! Vamos, desde el mostrador los vemos venir. No tuvo que rogarme mucho.

- ¡Diay sí! Vamos Campeón, eso sí no traigo plata para devolverte la invitación - Dije

- No jodás, eso es lo de menos.

Nos tomamos el trago, después otro, y nada que pasaban.

- Vamos a la otra cantina esta no es muy de allá - Me dijo. La otra estaba llena de clientes, tomé varios tragos de copa llena. La doña y los chiquillos se me olvidaron.

- ¿Garrito, verdad que vos le hacés a la guitarra y al canto?
- ¡Ah! Por, por su supuesto que sí.

- Préstame la guitarrilla para que este guevón toque algo, le hace bonito a la música y es mi borrachera – Exclamó Campeón.

- Yo estaba todo rajón con lo que dijo mi amigo, Me pasaron la guitarra que estaba guindando en un clavo de la pared.

Toqué y dije - Mm está muu muy de desafinada, voy a afinarla, toqué la cuerda primera, ting ting. Yo sentía que a mi alrededor todo me daba vueltas, toqué la segunda tang tang, tang, y cada vez la escuchaba más lejos, hasta que no volví a sentir ni oír nada; me quedé en estado de inconciencia, no sé por cuanto tiempo. De repente volví a la realidad ¡Qué diablos do dónde estoy? - Grité. No me acordaba de nada, veía gente extraña por todo lado, después vi a mi amigo Campeón y me dijo – Guevón yo creí que te habías muerto qué susto me diste. De pronto me acordé de mi esposa y de mis hijos. - Ya me me voy – Dije - Ya ya me me voy.

- Estás muy mal amigo, tenés que dar tiempo.

- No ya me voy – Dije y salí de allí a trastabillones arriando chanchos, pegando en todo lado, no sabía por dónde iba, caminé agarrado de las cercas y tapias de las casas, a veces oía perros que ladraban, yo seguía cayéndome, levantándome, poco a poco avanzaba en aquel estado tan lamentable. El camino era eterno de pesadilla.

De repente vi un carro con una cajita de mantequilla en el techo - Es un taxi pirata – pensé. Le hice una seña, paró y qué suerte, era un muchacho conocido.

- ¡Diay Garro como que andás un poco jodido!

- Sssiii, lle llévame a casa. - Está bien – Contestó.

Unos segundos después me quedé en un sopor. Desperté y dije - Yo vi-vivo en La Amistad. ¡Ah yo te llevaba para La Asunción! ¿No es qué sos de La Asunción? - Sí, pe pero ya tengo tiempo de vi-vi-vivir en La A-A-Amistad parame aaaquí. Me bajé en San Isidro, tomé la entrada al Polideportivo y pensé - Me-me voy por la línea del tren. Pasé frente al poli a trastabillones y trompicones, crucé el puente peatonal sobre el rio Quebrada, y me encaminé rumbo a mi hogar.

Después del puente la oscuridad era total, se asemejaba a un túnel tétrico. Yo caminaba en medio de los dos rieles porque en las orillas había un zacatal y mucho monte, me detuve y empecé mi calvario. En la parte más oscura perdí el equilibrio; me desplomé a un lado de la vía, me levanté, y de nuevo caí al otro lado gateando entre las piedras; me paré y volví a caer; pegué los dientes en los rieles y sentí la encía dormida. Con gran dificultad seguí la caminata a la orilla de la línea, dando traspiés en el zacatal; pero esta vez con tan mala suerte, que mi cabeza quedó metida en una rueda de alambre, traté de sacarla y entre más me movía, más se desenrollaba y así quedé atrapado entre las púas.

De tanto esfuerzo me quedé dormido unos minutos, en medio de la línea; luego desperté en aquella oscuridad, recordé el tren que pasa a las once de la noche. Entonces a pesar de mi borrachera, de mi estado etílico, clamé a Dios de esta manera - ¡Ah Dios mío! Cómo puede ser que mi fin sea este, con una muerte tan horrible. Señor, échame una mano, no quiero dejar a mi esposa viuda ni a mis hijos huérfanos. Por favor Señor, échame una manita. Te pido que

no me abandones Señor. ¡Ten misericordia de mí! Después del ruego entré en un ligero sueño; cuando desperté en tinieblas, sentí una presencia junto a mí, apenas divisaba su silueta y ella exclamó - ¡Pero si es Garrito! Yo creí que era un muñeco de Halloween, que habían dejado botado.

- Tartamudeando dije – A Ayúdeme, estoy en enredado en un alambre de púas.

El hombre se agachó; me tomó de los brazos, empezó a quitarme la rueda de alambre hasta que me liberó, luego dijo - ¿Puede caminar? Agárrese de mis hombros para llevarlo.

Pasamos el trecho oscuro, él iba a un lado caminando despacio, porque yo aún trastabillaba y unos segundos después estaba frente a mi casa.

Él preguntó - ¿Le ayudo a subir o sube solo? - No, yo subo solo las gracias - dije - Le agradezco mucho. Después lo vi alejarse en medio de la penumbra.

Subí gateando las gradas de mi casa, toqué la puerta y sentí como si alguien me hubiera jalado con fuerza hacia atrás, caí de espaldas en una mata de rosa grande, que mi esposa había plantado.

Ella abrió la puerta y exclamé - ¡Negra aquí estoy ayúdeme!

- ¡Por Dios! Vea cómo viene, parece un Cristo, ¿Qué le paso?

De inmediato salieron mis hijos, mi hija y entre todos me levantaron, me acostaron en el sillón de la sala. Trajeron toallas húmedas y empezaron a limpiar mis heridas. No había pasado cinco minutos cuando oí un estruendo detrás de la casa, y le pregunté a mi esposa.

- ¿Qué es ese ruido? - ¡Idiay! No oye, es el tren de las once que va pasando. Entonces me vi en media línea y en silencio repetí a mi Señor - Gracias Señor por este milagro, si

hubieras tardado unos minutos más, ya no existiría. Aunque usted no lo crea, el hombre que me ayudó esa noche nunca supe quién era, hubiera querido agradecerle; pero nadie me comentó nada del hecho, por ejemplo, que alguien dijera - ¡Garro, qué juma traías ayer! – No te acordás yo te fui a dejar a la casa. Nadie preguntó sobre lo sucedido, así que todo quedó en tierra del olvido.

Ese es un favor inmenso, sólo el Señor pudo enviar al Ángel de la guarda para librarme de la muerte. Así lo creo, por eso mi mayor agradecimiento es a Dios y a la persona que se convirtió en ángel. No vi su rostro, pero cada vez que pienso en esa situación que viví, lo encomiendo a Dios y a la Virgen Santa, para que lo protejan y bendigan siempre, esté donde esté.

VAYA A ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

Después de las experiencias duras que había tenido por causa del alcoholismo, luego de sufrir y hacer sufrir a los seres que más he querido en mi vida, todavía me faltaba algo más.

Antes de trabajar en seguridad en una linda escuela de Belén; laboré en una empresa cerca de mi casa, de la cual renuncié para empezar en mi nuevo empleo.

Las relaciones con mi esposa estaban por el suelo; ella no me dirigía la palabra ni yo tampoco, en esos días me llamaron de dicha empresa para darme la liquidación, un total aproximado a los cuarenta mil colones. En ese tiempo era una cantidad considerable, que hubiera servido para solventar muchas necesidades en mi hogar; pero de camino pensé – A esa hija de la gran puta que no me habla, no le voy a dar ni mierda, para que se enoje por algo. Llegué a la casa, discutimos, me molesté y asimismo pensé en una solución, ¿sabes cuál? Decirle a mi esposa - ¡Yo me largo de esta casa! Al día siguiente se lo dije.

- La señora contestó - ¡Qué dicha! Nos va a dejar en paz. Tomé el bolso, cogí unos pantalones, camisas, ropa interior, y me los eché a la espalda.

- ¡Me voy! – Grité. Y me fui con toda esa cantidad de dinero, me sentí feliz, ni un helado compré para mis hijos.

Era domingo cogí la bicicleta y jalé. Llegué donde mi buena madre ella dijo - ¿Y ese milagro Cali, usted por aquí hoy?

- Si mamá – contesté - Me vine, porque ya no puedo vivir con esa mujer, quiero que usted me dé chance de quedarme aquí. - ¿Pero Cali, ya pensó en sus hijos?

- Si mamá, ahora no quiero hablar de eso.

- Está bien, me contestó voy alistarle un campito, aunque sea en el piso. Recuerdo a mi santa madre agachada haciéndome el campito, por supuesto, que ella no estaba nada contenta.

Luego llegó mi hijo mayor, que tenía como catorce años, se quedó un rato conmigo, estaba muy triste. Al ser las cuatro de la tarde lo llevé a la parada, lo dejé en el bus y le aconsejé que no se quedara en ningún lado. Le pedí que se fuera directo a la casa y prometí, que yo iba a seguir yendo a verlos. De vuelta pasé al frente de la cantina El Almendro, sentí una poderosa fuerza que me atraía y pensé - Ando buena plata, una copa llena no me caería nada mal. Entré a la cantina, me tomé una copa llena, que se paseó por todo mi cuerpo, una corriente tibia recorrió la piel, eso me dio una sensación de bienestar. Un conocido se me arrimó - ¿Diay Garrito, no vas a invitar a una birrita? Llegó otro conocido y también lo invité. Al las seis el cantinero nos dijo:

- Bueno muchachos, voy cerrando, tengo que ir a descansar.

- ¡Qué tirada tan temprano! - Dije

Entonces uno de los conocidos vio la mina que se había

encontrado y propuso - Vamos al rancho que se quemó, ahí cierran tarde.

- ¡Diay sí, jalemos! – Contestaron los otros. Y nos quedamos ahí hasta que cerraron.

Pasada la una de la madrugada yo estaba hasta el rabo sentado con uno de ellos, en el famoso tronco de Los solterones, sentí ganas de dormir y le dije - ¿Puedo ir a tu casa a pasar la noche? El acompañante todo tataretas me dijo - ¡Diay sí! Si quiere va - vamos y du- duerme en la ba - banca del co - corredor.

Al instante pensé, que yo no tenía por qué ir a dormir a otra casa teniendo la mía, en ese momento me despedí del conocido y comencé a caminar como otras tantas veces a trastabillones, arriando chanchos. No sé cómo llegué hasta el polideportivo, sufrí una tremenda laguna mental; volví en mí, recostado en el muro del poli hablé solo, japuta, ¡qué borrachera me traigo! Estoy hasta el cual, seguí el camino cayéndome, levantándome.

Llegué a la casa, toqué la puerta y por suerte abrió mi esposa y permitió que entrara, me acuerdo que dijo - Pura paja. Luego cogió el teléfono e hizo una llamada.

- ¡A quién diablos llama a estas horas! Pregunté. Traté de quitarle el auricular y darle por la cabeza, ella reaccionó me hizo un gancho a la mandíbula y me gritó - Estoy llamando a su mamá para decirle, que no se preocupe, que usted está aquí. ¡Malagradecido!

Seguro dormí en el sillón de la sala, ahí tuve otra laguna mental, me desperté. - ¡Qué gomón! – Pensé - Y aún faltaba lo peor, busqué en mis bolsas del pantalón unas monedillas y no me alcanzaban ni para un trago, saqué la billetera. ¡Oh no puede ser, no tengo ni un cinco! Y yo con este gomón. ¡Qué desgracia! Entonces fui a Belén a ver si alguien me invitaba y no encontré a nadie. ¡Qué tristeza! El día se

me hizo eterno, tenía aquella goma física, desasosiego, conmiseración; el arrepentimiento de haber hecho tantas estupideces en un solo día ¡Ah si por lo menos tuviera un jueputa trago, pero ni eso!

Luego un pensamiento se grabó en mi mente: “En el botiquín del aula hay una botella de alcohol para fricciones, con un poco de agua me quito este terrible malestar”; aunque lo que más me dolía, era no haberle dejado el dinero a mi esposa.

Cuando llegué al trabajo, busqué el botiquín y me di cuenta de que, en la botella sólo quedaba un poquillo de alcohol, le eché agua y saz, me lo tomé. Estaba frente a la pila pequeña, donde las conserjes lavan las mechas del palo de piso. De súbito, clamé al Señor - ¡Dios mío me arrepiento, qué montón de tonterías estoy haciendo! Hasta dónde he llegado. ¡Señor ayúdame! No quiero beber más; pero ¿cómo hago para dejar de hacerlo? Es una obsesión.

Arrepentido caminé hasta el gimnasio de la institución, y como por telepatía o algo parecido, llegó a mi mente un mensaje, muy suave, dulce, cargado de paz: - “Sabes bien dónde puedes ir, ve a Alcohólicos Anónimos, dejarás de beber”.

Emocionado, muy convencido exclamé en alta voz - ¡Sí es verdad Señor! Debo ir mañana a la reunión y seguiré yendo al grupo Asunción Feliz.

Desde ese momento, experimenté lo más hermoso, que me ha sucedido en la vida, en mi pecho se instaló una fuerza que me llenó de seguridad y firmeza. Entré en una paz sublime; caminé tranquilo por los pasillos de la escuela; respiré aire fresco, sin temor y en paz conmigo mismo. Desde ese momento, empecé a comprender a mi esposa, el dinero que había perdido no me importó en adelante. Un poder sobrenatural se apoderó de mí y entré en una paz

inolvidable. Otro milagro había ocurrido di gracias a Dios y sigo dándolas ¡Gracias Dios mío!

Al otro día vi a mi esposa de una manera diferente, no sentí rencor, comprendí su enojo. Por la tarde caminé hacia La Asunción. El grupo A.F. se alegró al verme y me dio las primeras armas para que dejara de beber. Luego fui a casa de mis padres a traer la bicicleta. Les conté lo que había vivido, además les dije que venía de la reunión del grupo Asunción Feliz. Ellos muy felices me rogaron que siguiera asistiendo y así lo hice.

Bastantes años permanecí en A.F. practiqué el servicio como ellos me sugirieron; no he vuelto a beber “solo por hoy”, así llevo demasiados años dichoso y agradecido. Todos los días mi mente repite aquel corto diálogo en el cual Dios habló conmigo, y experimento paz, tranquilidad y una sensación de felicidad.

Esa experiencia maravillosa me ocurrió el día lunes 26 de mayo de 1997 a las once pm. El 27 de mayo fui a la reunión del grupo A.F. y hasta el día de hoy no he vuelto a tomar ninguna bebida que contenga alcohol. Ahora mientras escribo este relato, mi esposa ríe, juega y chinea a nuestros pequeños nietos, para muchos eso es algo normal; sin embargo, la escena sería muy diferente, si alguien de la familia estuviera bebiendo, porque en tal situación nada en absoluto se disfruta.

El alcoholismo le quita a uno todas las pequeñas y grandes cosas, que tiene este mundo maravilloso. Ya tengo más de veinticuatro años de no beber y soy el hombre más feliz. Mi corazón no es blanco como nieve; sigo siendo un ser humano con defectos; pero ya no bebo y trato de ser un poquito mejor cada día. ¡Gracias mi Señor y mi Dios por tanto amor!

Si me has honrado con la lectura de este relato, y tienes problemas de alcoholismo, te han sucedido experiencias

semejantes a las mías, y quieres dejar de beber, te aconsejo que vayas a Alcohólicos Anónimos, allí vas a encontrar amigos que de verdad se alegrarán al verte llegar y van a demostrar su interés por ayudarte.

GLOSARIO

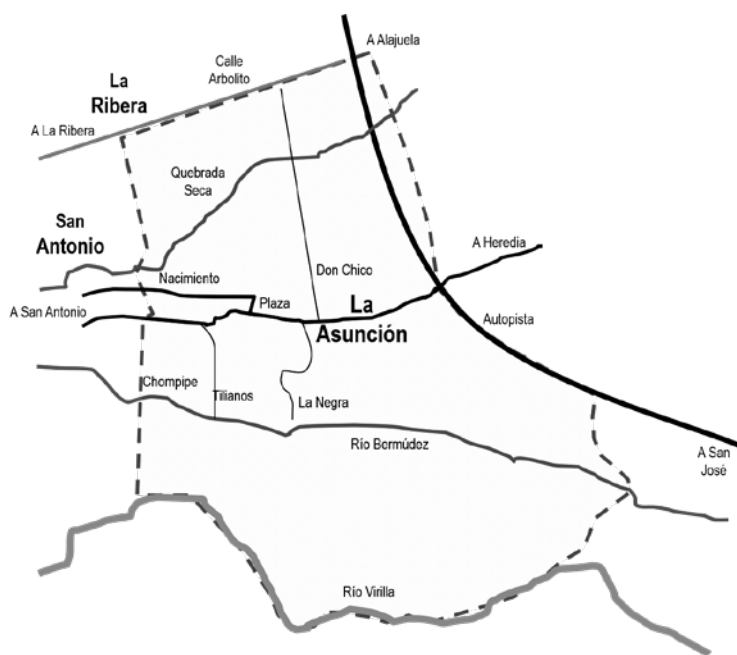
A reventar.....	Repleto, lleno.
Aflojar.....	Flaquear, ceder.
Ajustaba.....	Ahorra.
Alforjita.....	Bulto de mecate abierto por el centro y cerrado por los extremos que forma dos bolsas pequeñas para llevar provisiones.
Armaban.....	Hacían.
Asustadera.....	Que asustan con frecuencia.
Barreal.....	Suelo húmedo, lodoso.
Birrita.....	Cerveza.
Bocho.....	Carro Volkswagen.
Bote.....	Golpear un objeto.
Buggy.....	Carro Volkswagen descapotado para ir a la playa.
Caitazo.....	Trago de guaro o pleito.
Canfinera.....	Lámpara de canfín.
Carbura.....	Lámpara que funciona con carburo.
Chicasquil.....	Planta cuyas hojas se usan para condimentar el picadillo de papa.
Chumico.....	Higuerón nativo en Costa Rica.
Chupetazo.....	Beber a boca de botella, sorbo.
Cuajiniquil.....	Fruto de vaina verdosa o amarillenta al madurar sus semillas están recubiertas de pulpa blanca y fibrosa.
Dependiente.....	Persona que atiende clientes en un negocio.
Feria.....	Regalía.
Gajito.....	Carro muy viejo.
Gallo.....	Almuerzo.
Hasta el cual.....	Hasta el culo.

Idiay.....	Claro que sí.
Isssch.....	Muletilla propia de la gente de La Asunción, indica burla, alegría, emoción, tristeza.
Jaboncillo.....	Chumico, semilla negra, redonda, usada por los indígenas para lavar.
Jalemos.....	Vamos.
Japuta.....	Hijueputa.
Jinocuabe.....	Planta medicinal contra la gastritis y úlceras. Conocido también como jinocuabe o indio desnudo.
Jodás.....	Moleste.
Juma.....	Borrachera.
Juemialma.....	Sustitución de jueputa.
Lanchón.....	Cola de pato, carro americano.
Leontina.....	Cadena que sostiene el reloj de bolsillo.
Leyenda.....	Narración de sucesos fabulosos, a veces con base histórica, que se transmite por tradición oral o escrita.
Mae.....	Sustituye el nombre de un amigo, un joven o de cualquier persona.
Mancha.....	Juego de trompos.
Mandamos.....	Lanzamos.
Mandándome.....	Lanzándome.
Mañaneada.....	Madrugada.
Ojos de buey.....	Semilla del fruto de una planta indígena, medicinal, de la Zona Sur.
Olominas.....	Nombre común, se usa para llamar al pez muy pequeño de agua dulce.
Pelado.....	Motor destapado.
Peroles.....	Ollas.
Portalear.....	Salir a ver portales en Navidad.
Rajón.....	Engreído, vanidoso, presumido.

Relato	Narración breve.
Rulas	Cuchillo usado para chapear.
Sanra	San Rafael.
Titiritaba	Tiritaba.
Tranquera	Portón de madera hecho con dos vigas fuertes a ambos lados, cada una con tres huecos distanciados que sostienen tres varas redondas, para cerrar el paso.
Trillo	Camino angosto abierto por el continuo paso de personas o animales.
Vale	Por suerte.
Veguitazo	Expresión exagerada.
Voladera	Montón de golpes.
Volados	Alrededor.
Volar ojo	Mirar alrededor.
Volar varilla	Aporrear frijoles.
Yurro	Naciente de agua.
Zacatal	Mata de zacate a más de un metro de alto.

MAPA DE REFERENCIA

“LA ASUNCION”





Remembranzas de La Asunción guardadas en mi memoria.

Carlos Manuel Garro Zumbado,
conocido como CALEN.

Hijo de Carlos Miguel Garro
Benavides y Belarmina
Zumbado Vásquez.

Cursó la primaria en la Escuela
Manuel del Pilar Zumbado.

Trabajó en la extinta Coope
Asunción y en distintas
actividades comerciales.

Fue fundador e integrante del
Grupo Musical Los Atrevidos,
como cantante y guitarrista.

Escritor autodidacta.
Actualmente pensionado.